

El «*Capitán que enseñó a generales*»:
VIDA, OBRA Y PENSAMIENTO DE SIR BASIL
LIDDELL HART

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL¹

*Para mi padrino literario, maestro y amigo Luis Alberto de Cuenca y Prado,
admirador del Fuller de las Batallas decisivas del Mundo Occidental
y, sospecho, que también de mi venerado sir Basil.*

«Es en la mente de los generales donde se ganan o pierden las batallas».
Capitán B. H. Liddell Hart

RESUMEN

Hubo un tiempo en que los militares del mundo entero, la mayoría de los políticos y estadistas y buena parte del público aficionado a la historia o a la estrategia, esperaban ansiosamente las obras de sir Basil Liddell Hart, «el Capitán que enseñó a generales». Su interpretación de los hechos bélicos del pasado -muchas veces heterodoxa- o sus profecías sobre el desarrollo de la guerra moderna, asombraban a propios y extraños, recibiendo sus palabras como las de un profeta del tratadismo militar. No en vano, muchos opinaban que era el Clausewitz del siglo XX.

Modelo de oficial británico, con modales de dandy en su vida privada, con una vastísima cultura y fina pluma, se lanzó de lleno al estudio teórico de la guerra como fenómeno humano cuando causó baja en el Ejército de su Majestad a raíz de las heridas recibidas en la batalla del Somme. Pero si Gran Bretaña perdía desde entonces un prometedor militar, el mundo ganaba un escritor de gran altura, que consiguió elevar la historia militar casi al nivel de la filosofía dada la profundidad de su obra.

¹ Economista y escritor. Es licenciado en CC. Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares y autor, entre otros libros y artículos, de la novela histórica ambientada en el Frente de Madrid *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla* (Galland, Valladolid, 2008) y del *Atlas ilustrado de Batallas de la Guerra Civil Española* (Susaeta, Madrid, 2011). Además, tiene en vías de publicación con Ediciones La Librería su obra histórica *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria de Madrid*.

De educación victoriana exquisita, tuvo un carácter sin embargo indómito, que le permitió defender sus teorías con ardor, a veces a costa de quedarse completamente aislado incluso en su propia patria. Su compleja personalidad no acababa en los estudios bélicos, pues escribió además sobre tenis, fútbol y otros deportes, ferrocarriles y aviación, ajedrez -juego al que era gran aficionado- e incluso ¡moda femenina!, atesorando al final de su vida una de las mejores bibliotecas particulares de Inglaterra. Pero ¿quién era este hombre algo enigmático hoy olvidado del gran público? ¿Con qué obras revolucionó la literatura militar? ¿Cuál fue, en fin, su pensamiento, todavía revolucionario en muchos aspectos?



Fig. 1. Maestros de la guerra. El «Capitán que enseñó a generales» posa en su despacho con las fotos de sus pupilos: Guderian, Rommel, Von Manstein...

PALABRAS CLAVE: Liddell Hart, historia militar, Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, estrategia, aproximación indirecta, guerra mecanizada, Fuller, Clausewitz, bloque soviético, T.E. Lawrence, Montgomery, Guderian.

ABSTRACT

There was a time in which all Military around the World, most of politicians and statemen and a great part of the general public, expected the books

of sir Basil Liddell Hart, «the Captain who taught generals». His interpretation on preterit wars and his prophecies on modern warfare, were always clarifying. Most of specialists consider him as the Carl von Clausewitz of the XX Century.

Prototype of the British officer and a real dandy in his private life, he began writing on War as a human phenomenon after his retirement of the Army as a consequence of the serious injuries he received during the battle of the Somme. If the British Army had lost a good officer, the World had gained an excellent writer, that would raise military literature almost to the level of philosophy.

With an exquisite Victorian education, he had nevertheless an inflexible character, that made him defended his theories against all odds, even at the risk of being isolated in his own country. His complex personality drove him to write, besides the military history, on sports, aviation, railways, even fashion! But, who was this enigmatic man? Which are the books with which he changed military literature? What were the keys of his revolutionary thoughts?

KEY WORDS: Liddell Hart, military history, First World War, Second World War, strategy, the indirect approach, armour warfare, Fuller, Clausewitz, Soviet Union, T.E. Lawrence, Montgomery, Guderian.

* * * * *

VIDA

La Gran Guerra

*N*ací el 31 de octubre de 1895 -siete años más tarde que mi único hermano- en un piso construido sobre el techo de la iglesia de la rue Roquépine de París. Así comienza sus memorias Liddell Hart, en realidad nacido Basil Henry Hart (la anteposición del apellido materno al paterno la haría él mismo en los años 20 en parte por darse un toque de distinción, en parte como homenaje al clan escocés de los Liddell, del que procedía su madre. Los Liddell más cercanos en el tiempo, además, habían sido pioneros de los ferrocarriles, una de las pasiones de nuestro protagonista). Su padre, el reverendo Henry Bramley Hart (1860-1937), era el pastor de aquella iglesia metodista en la capital francesa; de carácter bonachón y origen humilde -procedía de una familia de granjeros de Gloucester-, lleva-

ba desde 1887 predicando en Francia y abriendo tolerantemente las puertas de su parroquia a toda la colonia británica de París y también a todos los franceses o personas de paso que lo quisieran, independientemente de su posición social o económica. Su madre, Clara Liddell (1862-1954), debió ser por el contrario mujer estricta, de rígidos modales victorianos que trasmitió a su hijo de forma fría.

A pesar de que la familia volvió a Gran Bretaña cuando él sólo contaba con 6 años de edad, lo cierto es que Liddell Hart se llevó de Francia el idioma, los modales refinados y un vago sentido de cosmopolitismo, de suerte que, cuando quería, presumía de haber nacido en París. Establecidos en Surrey, el joven Basil desarrolló muy pronto un voraz apetito por los libros, fijando su atención especialmente en los de historia, así como en los mapas y en las publicaciones de trenes y de los recién nacidos aviones, aficiones que encontrarían su unión en esa tierra de nadie que fue para él la historia militar, entendida como un todo que relaciona muchas disciplinas a un tiempo. Al parecer, su vocación por los hechos bélicos nació con la lectura de un libro clásico sobre la guerra franco-prusiana de 1870, pero también gracias al seguimiento de las crónicas de la guerra ruso-japonesa, que tuvo lugar cuando él era un niño (1904-05). Todo ello no fue óbice para que además leyera aventuras más acordes con su edad: *Ivanhoe*, *Los tres mosqueteros*, historias de piratas y espadachines, novelitas de misterio, etc. Basil fue, por otra parte, uno de los primeros *boy scouts* de Baden-Powell, y en sus juegos con soldaditos ya intentaba hacer el juego lo más «táctico» posible (diseñaba dioramas con gran precisión topográfica).

Trasladados a Putney, Liddell Hart, adolescente, entró en la escuela de Willington, donde aprendió que el pensar fuera de moldes preestablecidos no estaba bien visto, según revelación que él mismo nos hace con su incisivo verbo: *Al director le molestaban los métodos que no fueran tradicionales, prefiriendo que la escuela perdiese sus partidos antes que parecer heterodoxo. Aquella fue mi primera revelación acerca de la tendencia nacional de los últimos tiempos a apreciar mucho más Balaclavas y Dunkerques que victorias*². Poco después recibiría otra frustrante noticia: no podría ingresar como cadete en la armada, tal era su deseo, por problemas de salud. Por ello dirigió sus pasos a la distinguida escuela de San Pablo, donde estudiaría Lenguas Clásicas e Historia. Por sus muros habían pasado ni más ni menos que Milton, Marlborough y, muy recientemente, un entonces desconocido

² LIDDELL HART, Basil: *Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973, p.12.

llamado Bernard Law Montgomery, quien, por cierto, llegaría a ser gran amigo suyo. Fue en estos años juveniles cuando empezó a escribir: primero cartas sobre aviación para periódicos y luego artículos enteros, además de cuentos y poemas cargados de erudición.

En esta escuela aprendió que la historia era -o debiera ser- más que un mero listado de fechas y datos, y que su verdadero estudio debía hacerse buscando las raíces soterradas que explican los fenómenos acaecidos, lo que implicaba analizar los retos a los que se había enfrentado la Humanidad a lo largo de los tiempos y cómo los había ido resolviendo. Hart llegaría a creer que, dada la riqueza de la historia, uno podía encontrar en ella las respuestas a los problemas presentes, pues todo, todo, se repetía una y otra vez, si bien de diferentes maneras según la época de que se tratara³. Además, llegó a una clara conclusión que condicionaría su obra posterior: el militar y el historiador militar tienen que ser expertos en geografía. Afirmaba que con todo lo grande que había sido el duque de Marlborough en el campo de batalla, su ejército no hubiera podido realizar un solo día de marcha sin un conocimiento exhaustivo del terreno.

Pero en estas disquisiciones estaba el joven teórico cuando una guerra que en principio le interesó *sólo como espectador*, hizo arder el continente europeo de uno a otro confín. En agosto de 1914 comenzaba la Gran Guerra, primer acto de las dos conflagraciones mundiales que acabarían con la hegemonía europea. Poco después, Lord Kitchener pedía 40.000 nuevos oficiales para dirigir el mayor ejército británico que, hasta la fecha, iba a pisar suelo continental. Un Basil Hart de 19 años, con el entusiasmo más propio de un entomólogo que va a hacer tarea de campo que con el fanatismo de otros oficiales excitados con la ilusión de los primeros tiempos de la guerra⁴, acudiría a la llamada, siendo destinado como segundo teniente en diciembre de 1914 a uno de los regimientos británicos de mayor solera: el *King's Own Yorkshire Light Infantry* (KOYLI), cuyo lema debió agrardarle: CEDE NULLIS. (Figs. 2. Lord Kitchener y 3. CEDE NULLIS).

Si se pudiera hacer la guerra sin sus horrores, sería una actividad provechosa... Si esta contienda acaba para la Semana Santa de 1915 será un buen revulsivo para la virilidad de Europa. Pero si continúa hasta Navida-

³ *La historia es una experiencia universal, la experiencia no de otro, sino de muchos otros en infinidad de ocasiones: he aquí la justificación racional a por qué la historia debe ser la base de la formación militar* (LIDDELL HART, Basil: *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991).

⁴ Del poco entusiasmo con que se recibió la noticia del inicio de la guerra en Cornwall, donde se encontraba Liddell Hart con su familia, nos da idea el propio autor en sus memorias, cuando dice que el comentario generalizado de los hombres de este pueblo era el de «*vaya, de nuevo tendremos que luchar junto a los ingleses*».



Fig. 2. 1914: Lord Kitchener lanza su llamamiento a los hijos de la Gran Bretaña. Un tal Basil Henry Hart Liddell acudiría sin grandes entusiasmos a la mortal convocatoria.



Fig. 3. CEDE NULLIS: el Regimiento King's Own Yorkshire Light Infantry (KOYLI) en línea en el frente del Somme, destino del joven teniente Basil.

*des, será un completo desastre*⁵, así de impulsivo se expresaba el joven Hart antes de partir para los campos de Flandes, donde le esperaba un apocalipsis bélico que no habría podido imaginar ni en la peor de sus pesadillas. Porque definitivamente esa guerra iba a ser un *completo desastre*, y si para el Liddell hombre fue un tormento en forma de enfermedades y heridas, para el teórico iba a ser ya para siempre un odiado modelo de cómo no se debe nunca conducir una conflagración (no en vano, uno de sus libros más duros y polémicos por las acusaciones directas que en él vierte será su historia de la Primera Guerra Mundial, como veremos).

El sector del Somme que encontró por vez primera el teniente Hart en 1915 era todavía un lugar relativamente tranquilo, incluso con momentos de «coexistencia pacífica» según nos ha dejado contado el propio protagonista. Se llegó a dar la circunstancia de que, alguna noche fría, los contendientes compartieron cobijo en un pueblo de la tierra de nadie. Incluso cuando el pueblito fue definitivamente tomado por los ingleses, éstos llegaron a instruir un batallón a la vista de las líneas alemanas sin que se disparase un solo tiro. No obstante, cuando Haig relevó a French como comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica a finales de año, se inculcó a

⁵ DANCHEV, Alex: *Alchemist of War. The life of Basil Liddell Hart*. Phoenix Giant, Londres, 1998, p.44.

las tropas una política de hostigamiento continuo que transformó la línea de contacto en un avispero. Antes de ello, el joven teniente cayó enfermo aquejado de fiebres, por lo que fue evacuado en octubre de 1915... sólo para volver un mes más tarde al 6º KOYLI destinado en Ipres, el «*Saliente*», uno de los peores puntos del frente. Allí, los enemigos eran varios: el agua putrefacta cubriendo hasta las rodillas, ratas repelentes mordisqueando a vivos y muertos, el barro, el frío, la mala alimentación y, por supuesto, los *boches*: *La esperanza de vida de un oficial subalterno de infantería era, por término medio, de un mes escaso*⁶. (Figs. 4. Teniente Hart, 5. Barro Somme y 5bis. Somme Hoy).

Al poco, la mala suerte volvió a cebarse con nuestro oficial, que quedó conmocionado cuando los sacos de una trinchera se le desplomaron en la cabeza a consecuencia de un bombardeo. Con vómitos y hemorragias que le hacían sangrar abundantemente por la nariz, hubo de ser de nuevo evacuado, pasando un período de convalecencia en Inglaterra. En la primavera de 1916 volvió, empero, al frente, esta vez destinado al 9º KOYLI, 21ª División, la punta de lanza en la inminente ofensiva que el *British Army* iba a desenca-



Fig. 4. *La esperanza de vida de un oficial subalterno de Infantería era, por término medio, de un mes escaso.* El teniente Hart en 1915.



Fig. 5. Los *boches* no eran el único enemigo en el frente Occidental. Oficial británico caminando entre el barro de las trincheras en el frente del Somme, 1916.

⁶ LIDDELL HART, Basil: *Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973, p.19.



Fig. 5 bis. Casi cien años después, las cicatrices del Somme siguen siendo visibles en la tierra...

denar en el Somme. El primer día de esta batalla fue tan duro que en el Reino Unido se le conoce sencillamente como el «1º de Julio», la fecha más sangrienta en su historia militar: se calcula que sólo en esa jornada el Ejército de su Majestad sufrió 60.000 bajas. Está de más relatar aquí los pormenores de la batalla, pero dado el nivel de incompetencia que se alcanzó en aquella guerra, el lector ya puede imaginar lo que ocurrió: una preparación artillera descomunal -que alertaba al enemigo, quien desplazaba sus reservas al sector-, un toque de silbato al amanecer, miles de hombres corriendo a través de la *No man's land* y unas ametralladoras barriendo a placer oleada tras oleada de atacantes. Así lo resume el propio sir Basil: *La hora cero del 1º de julio eran las siete y media... Poco después nos enteramos de que el jefe del batallón y los mandos de las cuatro compañías habían muerto antes de alcanzar las trincheras enemigas, y que la mayor parte de los otros oficiales y soldados habían muerto también o habían sido capturados... Aquella noche la división fue relevada y retirada a descansar. Los restos de nuestro batallón, constituido en principio por 800 hombres, se pusieron en marcha para volver en tres pequeños grupos. En total éramos menos de 70 hombres, con sólo cuatro oficiales*⁷. Uno de ellos era él mismo, afortunado por no haber tenido que salir en la primera oleada y por haber recibido «sólo» tres heridas leves.

Lo peor estaba por llegar para el teniente Hart quien, al mando de la compañía C -compuesta por rudos mineros de Yorkshire (a los que adoraba por la camaradería que se profesaban, herencia de sus tiempos de laborar en las entrañas de la tierra)-, se adentró en el bosque de Mametz la tarde del 16 de julio de 1916 en una acción de infiltración dentro del ciclo de operaciones de la ofensiva del Somme. Justo cuando lo atravesaban en la oscuridad oyeron uno ruido seco, una especie de «plop» que parecía el sonido de un proyectil sin estallar. Al poco, sin embargo, los curtidos mineros-soldados

⁷ LIDDELL HART, Basil: *op.cit.*, pp.22-24.

supieron de que se trataba cuando comenzaron a olfatear en el ambiente enrarecido un fuerte tufo. Los alemanes les estaban gaseando con un nuevo compuesto más mortífero que el cloro empleado anteriormente: fosgeno. El teniente decidió permanecer a pesar de todo en el lugar del bombardeo para prevenir a las unidades que venían detrás, hecho lo cual salió corriendo para alcanzar la sección de cabeza y guiar a todos hasta el vivac del batallón en la retaguardia. Lo que no sabía el joven oficial era que la primera precaución ante este nuevo gas era tenderse en el suelo y evitar el menor ejercicio. Aho-gándose entre unas toses violentas, Hart fue evacuado definitivamente a la madre patria... La Gran -y para él única- Guerra terminaba así.

Como los autores de esa brillante generación de poetas británicos de la Primera Guerra Mundial, que primero cantaron alegremente a las tropas que marchaban al combate y luego acabaron forjando con sus versos los tópicos del antibelicismo en 1918, así el Liddell Hart que volvía a casa enfermo había perdido la grandilocuencia de sus palabras iniciales: *Si somos honestos con nosotros mismos, nuestros soldados no fueron siempre como se les pinta en los poemas heroicos. Es duro mantener su moral cuando están agotados, hambrientos y enfermos; y hubo más de una ocasión en que «los bravos leones de Inglaterra» sufrieron de pánico como cualquier hombre*⁸. Como persona, Basil Hart regresaba traumatizado, al haber perdido amigos y leales soldados por doquier en apenas unos meses de campaña; como militar, intuía que sus días en el ejército estaban contados; como teórico, retornaba con una idea negativa clarísima en la cabeza sobre la que fundaría, volviéndola en positivo, todo su pensamiento posterior: si se producía una nueva guerra, nunca más podría repetirse lo sucedido en el Somme o en Passchendaele... Chocar con el enemigo en su punto más fuerte, dándole la ocasión de responder con sus mejores armas, era definitivamente un suicidio que nada tenía que ver con el Arte de la Guerra tal y como él lo concebía.

Un paréntesis de 20 años

Efectivamente, los primeros años 20 no iban a ser nada fáciles para Liddell Hart, ahora ya sí con los apellidos intercambiados por propia iniciativa. En primer lugar, su voluntad de mantenerse en activo se vio truncada cuando, tras sucesivos exámenes médicos en los que le detectaron problemas de corazón y respiratorios a consecuencia de los gases, fue pasado a la reserva en 1924. Amén de ver truncada su vocación, esto le ocasionó un problema de subsis-

⁸ DANCHEV, Alex: *op.cit.*, p.62.

tencia, lo que le llevaría a buscar vía colaboraciones en prensa el sustento para él y su familia (se había casado y tenía un hijo). Si durante algún tiempo había colaborado en la redacción de manuales tácticos para el ejército y comenzaba ya a pergeñar sus principales teorías estratégicas mientras trabajaba como corresponsal para el *Daily Telegraph* y asesor militar de la *Encyclopedia Britannica*, lo cierto es que sus primeras «glorias» literarias le vinieron de dos campos insospechados: el tenis y la moda. Su *The Lawn Tennis Masters Unveiled* de 1926 (*Maestros del tenis sin secretos*) se convirtió en todo un éxito, abriéndole puertas como cronista de este deporte. En cuanto a lo segundo, él justificó más tarde sus incursiones al mundo del diseño femenino diciendo que *la moda no era un asunto trivial, sino una actividad merecedora de la máxima atención de los hombres de estado y los sociólogos...* aunque probablemente, como en el caso del tenis, hubiera alguna motivación económica detrás de sus escritos sobre la materia.

Sin embargo, su cabeza seguía en la guerra: en la pasada -volvió de visita al Somme en 1921-, pero sobre todo en la siguiente, que no dudaba vendría por las injustas condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles⁹. Obsesionado con la brutalidad estéril de la lucha de trincheras que había vivido en persona, buscaba estudiar el fenómeno bélico no tanto como un ejercicio teórico sino práctico, intentando hallar una respuesta que devolviera el movimiento a la guerra. Parafraseando la máxima latina, Liddell Hart solía decir que *si se quiere la paz, se debe comprender la guerra*, y a ello se lanzó para ofrendar un servicio a una patria que tan cerril como ingrata se le iba a mostrar. Comenzó entonces *su íntima asociación y larga amistad*¹⁰ con John Frederick Charles «Boney» Fuller (1878-1966)¹¹, un por entonces coronel poco convencional para los cánones del Ejército imperial que ya soñaba con «*flotas de tanques surcando los campos en busca de una ruptura decisiva*». Entre los dos, iban a sentar las bases de la guerra mecanizada, es decir, de la guerra del futuro; dos teóricos cuyas enseñanzas, aplicadas en la práctica por otros (siendo paradójicamente los primeros en hacerlo sus acérrimos enemigos), iban a cambiar el curso del siglo XX. (Fig. 6. Fuller).

Movilidad, movilidad, movilidad, he aquí la palabra que obsesionaba a ambos teóricos. Pero ¿no había sido Napoleón quién había dicho que la guerra no era más que un problema de física? ¿Que la fuerza es un pro

⁹ En muchos textos de su obra posterior afirmó que «una paz impuesta era sólo un armisticio». Sus miedos se basaban en las declaraciones de un belicoso Clemenceau, quien no tenía empacho en decir que «*por fin, después de medio siglo, había llegado la hora de la revancha*».

¹⁰ LIDDELL HART, Basil: *op.cit.*, p.59.

¹¹ Como es sabido, «Boney» es el apelativo con que el pueblo inglés designa a Bonaparte.



Fig. 6. Mayor general J.F.C. Fuller (CB, CBE, DSO), primero mentor y luego colaborador de Liddell Hart. La amistad que se profesaron acabaría rompiéndose por la radicalización de un Fuller atónito ante la cerrazón del alto mando inglés a aceptar sus ideas sobre la mecanización de la guerra.

ducto de la masa por la velocidad? He ahí la buena nueva, esperando a ser revelada en los libros de historia: las campañas de Italia, Austerlitz, Jena-Auerstadt... ¿no eran acaso una lección magistral que el corso nos lanzaba desde su tumba? Pues en todas sus victorias y en las de otros grandes capitanes a lo largo del tiempo se repetían continuamente tres patrones infalibles y concatenados, independientemente de la época estudiada y de los medios o armas empleados en cada momento: primero, fijar las fuerzas contrarias y maniobrar con las propias, para, segundo, ser más fuerte que el enemigo en su punto más débil y, tercero, una vez lograda la ruptura, lanzarse por la brecha como un torrente en una explotación del éxito tan rápida, profunda y violenta como fuera posible para pulverizar no tanto la fuerza del oponente como su voluntad de seguir combatiendo. El Arte de la Guerra debía salir del lodo de las trincheras y volver a los amplios campos de la Maniobra. ¿Cómo conseguir esto tras la experiencia de la Gran Guerra? La respuesta estaba en el Tanque, entendido no como un vehículo, ni siquiera como una nueva arma, sino como un concepto. Había que mecanizar los ejércitos, y había que hacerlo cuanto antes, pues el primero en efectuarlo lograría una ventaja decisiva en la próxima contienda.

Basil «*el prudente*», como le llamaba su admirado amigo Fuller (amistad que se rompería años más tarde cuando éste se radicalizó políticamente hablando), estaba decidido a fundar una teoría de la guerra sobre estos principios. Teoría que esbozó primero –amigo de las metáforas como gran escritor que era- en la idea del *Expanding torrent* (torrente en expansión) y luego, mucho más perfeccionada, en su elaborada Estrategia de la Aproximación Indirecta, como estudiaremos en la parte correspondiente a su pensamiento. Esta iba a ser la obra de su vida... Lo que no podían imaginar estos dos militares es que los estudios con que iban a fundamentar sus proféticas intuiciones expuestas arriba iban a ser no sólo rechazados sino durísimamente atacados por sus propios compañeros, en parte aferrados a una tradición mal entendida, en parte sedados por la victoria del 18: *La historia demuestra que, como regla general, los ejércitos aprenden de la derrota, pero no de la victoria; que es la facción que pierde la que capta las lecciones de la guerra, mientras que el vencedor se muestra peligrosamente dormido*¹².

Como nuestro Ortega y Gasset, quien nos enseñó que la claridad debía ser *la cortesía del filósofo*, ambos pensadores -hombres de gran cultura no sólo militar sino general- escribían con una prosa brillante y, por momentos, muy literaria, en especial la de sir Basil (quizá por eso alguno de sus títulos esté resistiendo mejor el paso del tiempo)¹³. Los dos fueron publicando a lo largo de estos años libros de carácter general y artículos más técnicos sobre la futura guerra acorazada, desgranando al alimón toda su nueva filosofía bélica, constituyendo el conjunto de las dos producciones casi una obra completa en sí misma, lo que es meritorio si entendemos que se cartearon y hablaban a menudo, pero nunca coordinaron sus textos. No en vano, los generales alemanes que les admiraron y pusieron en práctica sus ideas en la *Blitzkrieg* de 1939-41 confesaron tras la guerra que se habían inspirado en las ideas de los dos, prácticamente sin diferenciarles (sintomáticamente, hablaban de *Fuller-Hart*). Nuestro protagonista publicó sus mejores semblanzas de grandes generales en estos años, entreverando en sus páginas ideas que luego fue sistematizando para sus obras sobre estrategia, que madurarían unos años más tarde (entre finales de los años 20 y primeros de los 30 escribió sobre sus mitos recurrentes: Escipión, Gengis Kan, Belisario el bizantino, Wallenstein, Gustavo Adolfo, Napoleón, Sherman, y Lawrence de Arabia, con quien desarrolló una gran amistad hasta la muerte de éste en 1935). (Fig. 7. Lawrence)

¹² LIDDELL HART, Basil: *op.cit.*, p.41.

¹³ *Mi meta ha sido siempre ser tan inteligible como fuera posible* (L. H. a Bond en la entrevista «Reflexiones sobre la guerra», publicada en *Military Review*, septiembre 1965). Por su parte, Buchan dijo de él que era un maestro de la metáfora y «tenía el don, poco inglés, de la generalización».



Fig. 7. Lawrence de Arabia y Basil el Prudente. Además de escribir una biografía sobre el mítico oficial y sus extravagantes métodos, Liddell Hart desarrolló una gran amistad con T. E. Lawrence hasta la muerte en accidente de moto de éste en 1935. *«Con 2.000 años de enseñanzas a nuestras espaldas no tenemos excusa para no combatir bien cuando luchemos»*, le escribió Lawrence a Hart en una carta fechada el 26/VI/1933.

En lo personal, Basil Liddell sufrió un fuerte mazazo cuando su hermano Ernest, prestigioso cirujano, murió en 1932 con tan sólo 44 años de edad. Cinco años después fallecía también su querido padre y, en 1938, se separaba de su mujer. Mientras tanto, el mundo se radicalizaba con la consolidación del comunismo en Rusia y el ascenso de los fascismos, precipitándose sin remedio hacia un nuevo abismo. Gran Bretaña no sólo no se preparaba para lo que se avecinaba, sino que contemporizaba con un enemigo aparentemente insaciable como era Hitler. Por su lado, Fuller y Hart ahora ya no sólo no iban a ser escuchados, sino que comenzaron a ser denostados y hasta perseguidos¹⁴. El primero, enviado a una misión a la lejana India a finales de los

¹⁴ El rearme alemán se orientó hacia un nuevo tipo de guerra, mecanizada en tierra y con el poder aéreo sobrevolándolo todo, armas que fueron la médula espinal de la guerra relámpago. La doctrina de empleo la recibieron de su enemigo: las obras de los dos pensadores ingleses eran difundidas en Alemania especialmente a través de la publicación de su Estado Mayor General,

años 20, se retiró de general completamente desengañado en 1933, después de haber estado tres años en espera de destino¹⁵. En cuanto al segundo, aunque en 1937 fue nombrado asesor -sin responsabilidades- del Secretario de Guerra, Leslie Hore-Belisha, lo cierto es que ello no hizo sino encender más las envidias y suspicacias de los militares en activo contra él, que se desesperaba al ver cómo, mientras Alemania ya estaba produciendo en serie cientos

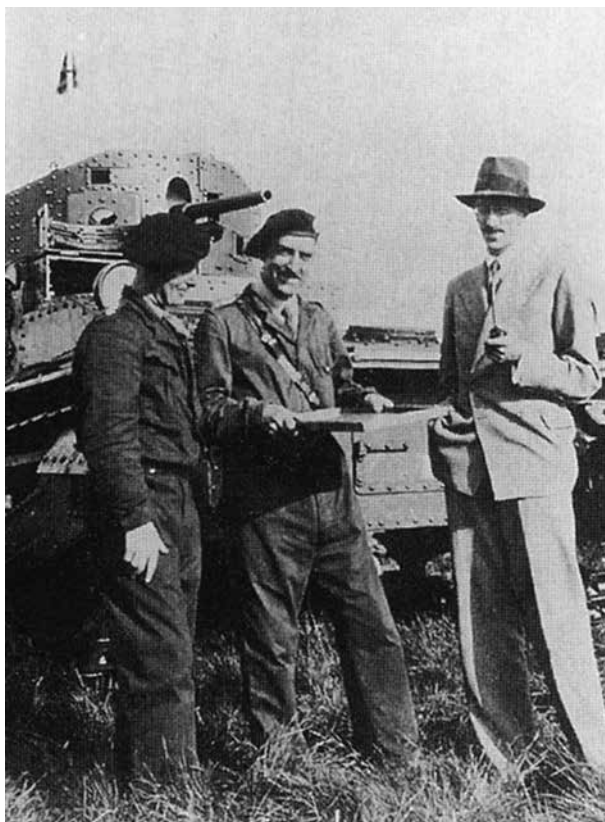


Fig. 8. Maniobras con el *Royal Tank Corps*. Basil Liddell Hart posa con oficiales carristas ante un *Vickers Medium* en la época en que se desempeñó como corresponsal militar para el *Daily Telegraph* y *The Times*.

Militär-Wochenblatt, por mediación del agregado en Londres Von Schweppenburg, quien frecuentaba a L.H.). Dicen que cuando Fuller fue invitado a Alemania para presenciar un desfile en 1939, después ver pasar un ejército mecanizado ante él, Hitler le dijo: «Espero que haya disfrutado con sus hijos», a lo que aquél contestó: «Su excelencia, han crecido tan rápido que ya no les reconozco» (BOOT, MAX: *War made new: Technology, warfare and the course of History, 1500 to today*. Gotham Books, Nueva York, 2006). Por cierto, Liddell Hart rehusó la invitación para acudir a ese mismo evento.

¹⁵ *Más que una pérdida deplorable de talento, fue relegar a un genio* (LIDDELL H.: *op.cit.*, p.183).

y cientos de carros de combate, avanzando en cada modelo hacia un arma cada vez más perfecta, su Estado Mayor ni siquiera había concretado qué tipo de vehículo deseaba para sus unidades a comienzos del crucial 1939. La Segunda Guerra Mundial para estos dos apóstoles de una nueva era había, en cierto modo, comenzado mucho antes de que los alemanes cruzasen la frontera polaca el 1º de septiembre de aquel año¹⁶. (Fig. 8. Maniobras).

Segunda Guerra Mundial

La gasolina y la verdad conseguirán abrirse camino.

(Título de un ensayo de Liddell Hart publicado en el período de entre-guerras)

Si el enemigo escoge establecerse en posiciones, es mejor dejarle en tanto que la Fuerza Acorazada se ocupa de cortar sus abastecimientos o aplica su poder de fuego en otros puntos donde pueda inmovilizar de modo semejante a otras unidades enemigas... Puede cercar al enemigo o cortar sus arterias de suministro con un fuego demoledor. Una vez que eso suceda, será fácil que la desmoralización haga presa entre los hambrientos y desamparados ocupantes de posiciones que ya no son efectivas. Y la Fuerza Blindada podrá realizar el ideal del mariscal de Sajonia, cuando razonaba que un gran general podía ganar una campaña sin disputar ni una sola batalla¹⁷.

Este párrafo de Liddell Hart no está escrito después de la Segunda Guerra Mundial, ni siquiera en los primeros 1940, después de las campañas relámpago alemanas sobre Polonia y el Oeste, sino en 1928, justo el año en que el Ejército británico decidía disolver la Fuerza Experimental, unidad que había sido creada para probar las posibilidades tácticas del carro de combate. En mayo de 1940, el Grupo Panzer de Guderian -dotado con carros de combate ni mejores ni más numerosos que los franceses, pero sí con tripulaciones imbuidas de una doctrina de empleo y una moral superiores-, apoyado por una aviación táctica en estrecha cooperación con tierra y representada por los temibles *Stukas*, llevaba ese ideal a la práctica entre Sedán y el Canal de la Mancha, logrando una ruptura sin precedentes en la historia y produciendo el rápido colapso del ejército aliado. (Fig. 9. Panzer Leader).

¹⁶ Curiosamente, cuando finalmente estalló la guerra ese mes de septiembre, Liddell Hart se encontraba de visita en el bosque de Mametz, donde había sido gaseado en 1916: *La oscuridad que se cierne sobre la tierra tiene su paralelo en la oscuridad que se cierne sobre las mentes. Lo que causa una creciente sensación de opresión y agobio en cualquiera que ame la luz*, escribió en su diario un día después de la declaración de guerra de los aliados contra Alemania.

¹⁷ LIDDELL HART, Basil: *op.cit.*, p.101.

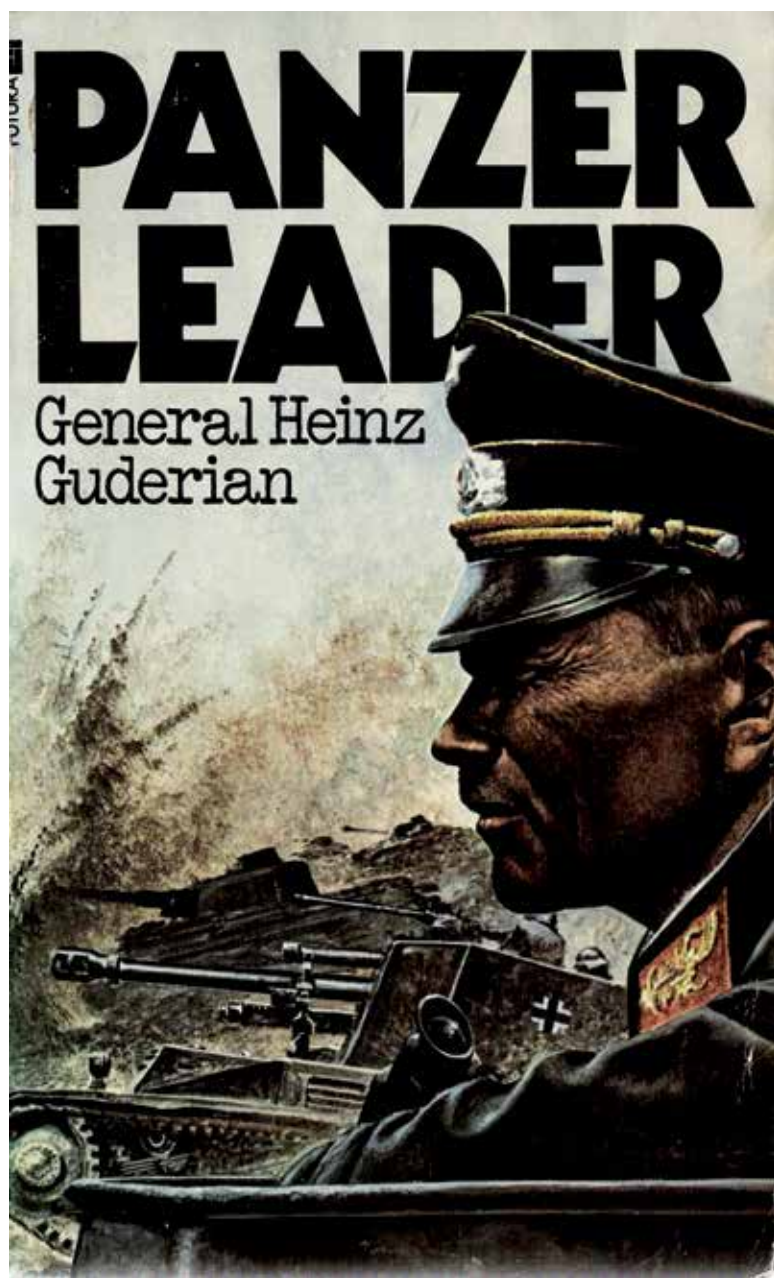


Fig. 9. *Panzer Leader*. «Considero que debo mucho de mi pensamiento y del desarrollo de las fuerzas acorazadas alemanas al capitán Liddell Hart» (portada inglesa de las memorias del general alemán Heinz Guderian prologadas por su «mentor» inglés).

Tal ruptura, como también había profetizado Liddell Hart, se produjo en el punto menos esperado por el enemigo, cruzando la zona boscosa de las Ardenas, que los galos creían en su doctrina caducada impracticable para los carros. Cuando los campos del noreste de Francia ya eran hollados por un «torrente en expansión» de vehículos alemanes imparable, el grueso franco-británico, repitiendo la maniobra del 14, se encerraba a sí mismo en la ratonera belga, mientras los miles de hombres, los cientos de cañones, los millones de francos empleados en la Línea Maginot se pudrían a lo largo de la frontera, esperando a un enemigo que, por supuesto, nunca iban a ver atacándoles frontalmente. El plan de Manstein y Guderian, que parecía calcado de las profecías de *Fuller-Hart* (con el antecedente de las ofensivas de infiltración de Ludendorff de 1918), estaba, además, concebido como una puerta giratoria, de suerte que cuanto más se adentrasen los aliados en Bélgica repitiendo exactamente su movimiento de la pasada guerra, más facilitaban la maniobra germana, cuya vanguardia acorazada les golpeaba por detrás, cortándoles todas sus líneas de suministros y causando una total desmoralización entre sus tropas y población civil, anulando su voluntad de luchar: el objetivo de toda campaña, como decía nuestro protagonista¹⁸... Protagonista que se lamentaba de la magnitud del desastre, máxime teniendo en cuenta la facilidad con que hubiera podido ser evitado con unos contraataques certeros también acorazados contra los flancos de la flecha germana. Pero sencillamente los aliados no habían aprendido la nueva técnica y, por tanto, no sabían cómo contrarrestarla.

Para mí, aquella primavera de 1940 resultó irónicamente trágica al tener que contemplar como simple observador cómo se aplicaban mis ideas para lograr la penetración en la defensa de Francia, mi lugar de nacimiento, y poner en gran peligro mi propio país, Gran Bretaña. Muy significativamente, las memorias de sir Basil concluyen con este párrafo, mitad lamentación, mitad crítica. Porque para un profundo patriota como era Liddell Hart había de ser muy doloroso contemplar impotente como el ejército de su país era derrotado y aun humillado empleando las enseñanzas que él había

¹⁸ Es de hacer notar que, de nuevo en contra de las sensatas advertencias de unos pocos, los ingleses habían cometido otra vez el error de mandar a Francia una más que considerable fuerza expedicionaria, con lo mejor de su ejército: «*Los profetas militares Fuller y Liddell Hart estaban convencidos de que la principal lección de la Gran Guerra es que Gran Bretaña nunca más podía comprometer un gran ejército en Europa. En su lugar, argüían, el país debía volver a la estrategia de «aguas azules», defendiendo el Imperio y sus comunicaciones con la Royal Navy, y estrangulando al enemigo con el bloqueo, empleando un reducido pero eficaz ejército como reserva para golpear dónde y cuándo se quisiera*» (BARNETT, CORRELLI: *Britain and Her Army, 1509-1970*. Penguin Books, Middlesex, 1974). Ésta es la tesis principal del libro sobre la Primera Guerra Mundial de Liddell Hart, *The real War*.

predicado en el desierto. Una ironía del destino que iba a ser completada cuando los mismos burócratas que no le habían escuchado, se revolvieron contra él y le acusasen de colaboracionismo. Efectivamente, L.H. fue puesto en entredicho en esta época hasta el punto de ser vigilado, interviniendo su teléfono y su correspondencia bajo sospecha de tener tratos con el *Abwehr*. También hubo voceras que solicitaron su arresto, aunque no se llegó a tal extremo. ¡Era como si a los hermanos Wright se les vigilaba por haber inventado una máquina que había devenido en los *Junkers* y los *Heinkels*! (Fig 10. Caricatura).



Fig. 10. *Panzer Liddell*. Durante la Segunda Guerra Mundial, Liddell Hart hubo de soportar continuas críticas y acusaciones de filonazismo, así esta caricatura malintencionada de Sherriffs.

Por ello, además de por problemas de salud -había sufrido un colapso en junio de 1939 y los médicos le recomendaron reposo-, decidió retirarse con su nuevo amor, una elegante viuda de nombre Kathleen Nelson, a la tranquila campiña del suroeste del país, lejos de los bombardeos de Londres, del griterío provocado por una tardía exaltación patrioter que le soliviantaba, de las veladas y no tan veladas acusaciones de pronazismo y, en general, de un alocado mundo del que se sentía completamente apartado. Tampoco quería estar cerca de los políticos, a los que cada vez despreciaba más, en especial a Churchill, al que mostraba una especial animadversión -que se refleja en toda su obra- y del que discrepaba completamente por su impulsiva forma de conducir la guerra. Si atendemos a sus propias palabras, Liddell Hart se sintió en aquellos tiempos realmente frustrado. Así, con la mayor conflagración jamás vista en marcha, uno de los mejores pensadores bélicos de la historia se retiraba para dar forma definitiva a sus ideas.

Públicamente, Hart desapareció de la escena durante la guerra (desde 1940 a 1945 no publicó -o no le publicaron- ni un solo artículo). En privado, como no podía ser de otra manera, el investigador insaciable que era devoraba con impaciencia las noticias que le llegaban de los frentes, coleccionando artículos y más artículos que recortaba con primor para engrosar *los centenares o millares de papeles de su archivo*¹⁹. Aparte de la campaña de Francia -casi una obra suya-, siguió con mucha atención las campañas del desierto, sintiendo especial devoción por Rommel. También admiró profundamente a Erich von Manstein, sin menoscabo de prestar mucha atención al poderoso Ejército soviético que estaba madurando a golpes en aquella guerra, una poderosa máquina militar con mandos preparados y aguerridos soldados, además de con una doctrina acorazada singular pero muy avanzada. Como el resto del mundo, asistió a la sorprendente aparición en el campo de batalla del T-34, ese monumento al carro de combate de la robusta industria rusa, que combinaba a la perfección las tres características del arma: potencia de fuego, blindaje y velocidad. Entre los generales aliados occidentales, mostró predilección por Patton -otro enamorado de la historia y de los carros que también se confesaba discípulo del británico- y contempló el desarrollo demasiado tardío de unidades mecanizadas en su propia patria, conseguido al coste de mucha sangre y tiempo²⁰...

¹⁹ Confesión de su segunda mujer, Kathleen, en el prólogo de la obra póstuma de sir Basil (LIDDELL HART, Basil: *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt, Barcelona, 2006, p. 9).

²⁰ *Los medios para mecanizar las armas durante la Segunda Guerra Mundial fueron de circunstancias, pagando así un grave error de tipo orgánico, los peores, pues una vez desencadenados los acontecimientos no pueden subsanarse más que con paliativos* (CALVO PICÓ, Pedro: «Aprisa, duro, lejos», en *Revista Ejército*, n.º. 251, diciembre 1960).

Aunque comenzó a salir de su aislamiento pasada la peor época de la guerra para Gran Bretaña y los funestos tiempos para él, opinando sobre el Día D o girando visitas a altos mandos ingleses (en particular, a Montgomery, Alexander o Auchinleck), lo cierto es que poco más se puede decir de la vida pública de nuestro pensador durante estos años... Hasta que el destino quiso que un puñado de generales alemanes prisioneros fuera conducido al sur de Inglaterra en la posguerra, brindándole la ocasión de entrevistarse con ellos para aprovechar sus lecciones, que recogería en uno de sus libros más bellos e interesantes: *The other side of the hill*²¹.

«He pasado toda mi vida tratando de adivinar lo que hay al otro lado de la colina». La famosa observación de Wellington no sólo se refería a adivinar que había detrás del frente enemigo, sino, en un sentido más amplio, a qué tenía en mente el adversario. Al terminar la última guerra, tuve la fortuna de explorar el otro lado de la colina, al tener contacto directo con algunos generales y almirantes alemanes por un período de tiempo relativamente largo. Pude así reunir sus propios datos sobre los acontecimientos de la guerra, antes de que los recuerdos empezaran a desvanecerse o fueran modificados por pensamientos posteriores²². De esta forma explicaba el propio Liddell Hart en el prólogo a su famoso libro la histórica ocasión que se le presentó, a saber, poder entrevistar a algunos de los mejores generales enemigos en lo que iba a constituir un documento histórico de primer orden.

Todo empezó de una forma tan inesperada como sorprendente. A unos pocos kilómetros de su casa, cerca de Ambleside, fue instalado en 1945 el Campo nº 1 de Prisioneros de Guerra, en Grizedale Hall. Y él, olvidado en su propia casa, fue llamado al campo para dar una charla, produciéndose una de las escenas más curiosas en la historia de la literatura militar. Invitado de honor en un barracón convertido en auditorio, el *Capitán que enseñó a generales* se vio de pronto flanqueado en una mesa por los mariscales de campo enemigos Von Kleist y Von Rundstedt, ahora prisioneros despojados de toda dignidad. Presidiendo, el general Heinrici; traduciendo el general Bechtolsheim. En frente, formando una audiencia «cautiva», más de 70 oficiales de alto rango alemanes, entre los que se encontraban ¡Blumentritt, Manteuffel,

²¹ Las distintas versiones de este título son muy significativas: *The other side of the hill* en Gran Bretaña (*El otro lado de la colina*, nombre recuperado para la última edición conocida en España, Ejército 1983); *The German generals talk* en EE.UU. (*Los generales alemanes hablan*, como en la primera edición en castellano, también de la versión francesa); *Storia de una sconfitta* (*Historia de una derrota*) en Italia y, muy especialmente, el título alemán, *Jetzt dürfen sie reden*, que podría ser traducido como: *Ahora sí tienen permiso para hablar*.

²² LIDDELL HART, Basil: *Los generales alemanes hablan. (La guerra vista por los alemanes)*. Ediciones Ateneo, México D.F., c. 1950, p. 5. Pésima traducción.

Student, Von Thoma²³, Dittmar, Siewert y otros muchos! Como dice su biógrafo Danchev, para Liddell Hart esto era el cielo. Y para su audiencia, libre para preguntar a su maestro lo que quisiera, también (dicen que, siempre en un tono muy amable pero sin pelos en la lengua, fue preguntado por todo tipo de cuestiones, como por ejemplo si encontraba alguna justificación a los bombardeos indiscriminados de las ciudades alemanas al final de la guerra). Una velada entre caballeros que no iba sino a arreciar las críticas a nuestro protagonista en su propio país, de nuevo acusado absurdamente de «colaboracionismo»²⁴. (Fig. 11. Los generales alemanes).

A pesar de ello, L.H., durante varios meses a partir de entonces, se entrevistó en el campo -mapas en mano- tres veces con Manteuffel, que había sido jefe del 5º Ejército Panzer; cuatro con Von Rundstedt, Comandante en Jefe del Oeste; siete con Blumentritt, jefe de Estado Mayor del anterior... hasta que le negaron el acceso al campo en 1946. No obstante, los contactos ya estaban hechos, gracias a los cuales lograría asegurarse otras relaciones también interesantísimas, así las epistolares que sostuvo con el «primer ministro de la Blitzkrieg», Heinz Guderian (para quien supervisó sus memorias, *Panzer Leader*²⁵), o con el que todos sus compañeros señalaban como el más brillante general de la guerra: Erich Von Manstein, cuyas honestas memorias *Victorias frustradas* fueron admiradas por Hart. Por otra parte, en 1949, la viuda de Erwin Rommel le solicitaba poner orden en los papeles de su marido, a lo que accedió encantado. El libro del difunto mariscal sería un *best-seller* en Inglaterra, que sentía una extraña fascinación por su otrora enemigo (de él surgió la famosa película de James Mason, que contó con Liddell Hart como asesor militar, otra faceta más de nuestro prolífico autor)²⁶. Pero todo ello ya ocurría en un mundo que había cambiado para siempre...

²³ Para el lector español tienen especial interés las declaraciones de Von Thoma, jefe del contingente terrestre de la Legión Cóndor: *España fue nuestro Aldershot* -campo de maniobras y cuna del Ejército inglés-, confesó a Liddell Hart.

²⁴ El último párrafo de este libro no debió gustar a más de uno: *El generalato alemán de esta guerra es uno de los productos más refinados de su profesión en cualquier época y lugar. Podrían haber sido mejores con una mayor amplitud de horizontes y un entendimiento más profundo. Claro que si hubieran sido filósofos, habrían dejado de ser soldados.*

²⁵ En la versión inglesa, Liddell Hart dice de Guderian en el prólogo que *fue un hombre que hizo Historia con mayúsculas, al crear y entrenar las fuerzas panzer*. En la versión española de Carral, de título *Recuerdos de un soldado*, no aparece este prólogo.

²⁶ Quizá por esto cuando en los años 50 su amigo Montgomery publicó sus memorias no le pidió que se las prologara, si bien, al final de su vida, en su *Historia del Arte de la Guerra* (Aguilar, Madrid, 1969), Monty dijo que *Liddell Hart fue no sólo un historiador, sino un teórico que con sus vastos conocimientos ha producido una filosofía o doctrina de guerra, como Clausewitz o Jomini. Pero mientras que éstos estuvieron a menudo equivocados, él ha demostrado tener generalmente razón.*

LIDDELL HART

LOS GENERALES
ALEMANES HABLAN

LA GUERRA VISTA POR LOS ALEMANES



EDICIONES "ATENEO", S. A.
APARTADO 800. - México, D. F.

Fig. 11. Portada de la primera edición en español del polémico *Los generales alemanes hablan* (Ateneo, México DF), traducción de *The other side of the hill*.

Apocalipsis: La Era Atómica

*Visto con la perspectiva actual, parece demasiado claro que el lanzamiento de la bomba atómica no ha significado ningún alivio para la Humanidad... Ese golpe terrorífico que barrió la ciudad de Hiroshima para demostrar el poder abrumador de la nueva arma no había hecho más que acelerar el momento de la rendición, que estaba ya asegurada, y no había ninguna necesidad verdadera para usar tal arma, bajo cuya oscura sombra ha vivido el mundo desde entonces.*²⁷

Para Basil Liddell Hart, que odiaba en la guerra total todo lo que había de bárbaro en los fenómenos bélicos, el lanzamiento de la bomba atómica era la expresión de esa barbarie en su máxima potencia, un retroceso a épocas primitivas: la próxima guerra se planteaba como un absurdo, como una de esas partidas de su querido ajedrez que llegan a unas tablas imposibles de ser rotas. En esa nueva era, no habría ganador, pues la destrucción total no sólo de los contendientes sino del entero mundo era el único desenlace posible de una guerra nuclear (ya que, con buen criterio, no creía en un uso escalonado, limitado o «táctico» del poder atómico). Lo que obligaba a replantearse no sólo la estrategia, sino la naturaleza misma del mundo moderno. O se contenía el conflicto y se iba reduciendo la tensión por medio de «escapes» controlados -esto y no otra cosa fue la Guerra Fría, que él llamaba «guerra camuflada»- o... el Apocalipsis, tal y como había augurado el general MacArthur en su discurso del acorazado *Missouri* al aceptar la rendición incondicional de los japoneses en el 45. Lejos de la clásica máxima clausewitziana de que la guerra era la continuación de la política por otros medios, ahora la guerra misma era el único enemigo. Con su clarividencia habitual, por un lado pronosticó que, lejos de ser abandonados, los medios convencionales volverían a cobrar el protagonismo de siempre, y por otro un resurgir de la guerra de guerrillas, esa guerra de «pobres» que contaba con dos aliados feroces: el tiempo y la dispersión, por no hablar del apoyo popular que normalmente tienen este tipo de movimientos (aquí siempre ponía de ejemplo a nuestros guerrilleros de la francesada).

*El socialismo y sus formas son un imposible a no ser que la naturaleza humana cambie radicalmente*²⁸, aseveró un joven Liddell Hart mucho antes de que el comunismo mostrase su rostro más crudo, resumiendo así su opinión sobre el bloque soviético. Bloque que, curiosamente, junto a la Alemania nazi había estudiado en profundidad la obra de Liddell Hart. Él

²⁷ LIDDELL HART, Basil: *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt, Barcelona, 2006, p. 740.

²⁸ DANCHEV, Alex: *op.cit.*, p.44.

mismo nos cuenta como en 1932 Radek, director de *Izvestia*, órgano oficial de Stalin, le confesó: *Usted es muy famoso en Rusia. He leído la mayor parte de sus libros*. La diferencia es que, así como en la Alemania de Hitler, Fuller y Liddell Hart eran conocidos sólo en un círculo reducido, *en Rusia nos conocían todos los que leían un periódico*. Sus obras se traducían en ediciones especiales para el Estado Mayor General soviético; Radek incluso le presentó al jefe de Estado Mayor de la Región Militar de Rusia, Ventzoff, quien le invitó a irse a trabajar a la URSS como asesor militar, oferta que declinó por motivos políticos obvios (lo mismo había hecho con varias invitaciones hitlerianas). Ya en los años 50 sir Basil coordinaría un interesantísimo estudio sobre el Ejército comunista que se convirtió en un best-seller entre el público general y en un clásico sobre soviología (en él colaboraron célebres militares y pensadores de diferentes países -los generales franceses Weygand y Guillaume, los alemanes Guderian, Bayerlein y Manstein, el americano Keating o el inglés Manners-Smith-, todos ellos conocedores en profundidad del ahora enemigo común). Más allá del pánico nuclear, en él se alertaba de la fortaleza del poderío militar «rojo», con amenazas que se convertirían en las obsesiones recurrentes de la OTAN, hoy olvidadas pero entonces muy vivas: las potentes fuerzas acorazadas de la URSS, sus masas de fanáticos combatientes con el poder del rodillo pero también de la infiltración, sus fuerzas aerotransportadas y de sabotaje -los *spetsnaz*-, el espionaje, la propaganda, la robustez de su industria, los submarinos...

El tal general ruso Simon Ventzoff, por cierto, tenía sólo 35 años, como la mayor parte de los mandos revolucionarios, que sólo tenían entre 35 y 40 años de edad, reflejo del joven ejército que dirigían. Ésta fue siempre una recomendación encarecida de Liddell Hart, que pronto adoptaron sus discípulos más conspicuos de la postguerra: los israelitas. *Desde el primer momento que me entrevisté con los primeros dirigentes de Israel encontré una comprensión de los problemas militares comparable a la de los alemanes y, en algunos aspectos, superior. Aunque el Ejército de Israel era de creación tan reciente que las mentes convencionales de Occidente tendían a considerarlo como un grupo de aficionados, en realidad era más profesional que la mayoría de los antiguos ejércitos. Israel es el país más militar que jamás he visitado, como resultado natural de su peligrosa situación estratégica en medio de un cerco de países árabes hostiles. La táctica y la estrategia se discuten tan ampliamente como los partidos de fútbol en Inglaterra. ¡Mi visita había recibido más atención por parte de la prensa que ninguna visita desde la de Marilyn Monroe!*²⁹ La

²⁹ LIDDELL HART, Basil: *Memorias de un cronista militar*. L. de Caralt Editor, Barcelona, 1973, p.474.

aplicación de los métodos del maestro, al que invitaron en repetidas ocasiones, les llevó sin duda a éxitos tan espectaculares como la victoria en la Guerra de los Seis Días, que Liddell Hart alabó como obra maestra del Arte Militar. Por cierto, el Ejército de Israel sigue manteniendo la costumbre hoy en día de elegir generales jóvenes para sus unidades de primera línea... Fue precisamente uno de éstos –Yigal Allon- el que, en una dedicatoria, escribió con palabras lo que estaba en la mente de todos, llamándole con reverencia: «*El Capitán que enseñó a generales*». Por fin los militares del mundo parecían hacer justicia a sir Basil Henry Liddell Hart.

Y es que los años 50 y 60 fueron años felices para él, con un reconocimiento internacional al gran maestro de la guerra que era. En EE.UU., país por el que cursó varias giras y cuya contienda civil estudió con asiduidad, comenzó a emplear sus libros como manuales para la enseñanza en sus academias militares (lo que sigue haciendo hoy en día, en especial con la versión definitiva de *Strategy*); el estadista Kissinger se confesó discípulo suyo, y el Cuerpo de Marines le hizo miembro honorario, lo que le enorgullecó de tal manera que hasta sus últimos días lució en la solapa la insignia de oro del SEMPER FIDELIS. Cuando murió tenía concertado un ciclo de conferencias en la Academia Naval de Annapolis. Francia, a pesar de seguir obcecada pensando que De Gaulle fue el padre de las ideas acorazadas con su *Vers l'armée de métier* (libro publicado en 1934, cuando Fuller, Liddell Hart y Martel ya habían desarrollado ampliamente su pensamiento al respecto), fue país que le profesó también gran admiración, profeta en su tierra de nacimiento. Su amigo el mariscal De Lattre de Tassigny, acuñó, por cierto, otro bonito seudónimo para él: «*Le Capitaine éternel*». El famoso general y pensador André Beaufre, por su parte, siempre reconoció haber bebido en la fuente del maestro... Gran Bretaña, sin embargo, seguía resistiéndosele, a pesar de nombrarle Caballero del Imperio en 1966. (Figs. 12. Life y 13. Caballero).

Con la conciencia tranquila y la paz de verse al fin reconocido y resarcido de las agrias críticas que en su día recibió, sir Basil H. Liddell Hart se dirigía así a la vejez con sólo una preocupación: terminar la «*Historia*», como llamaban en su familia y en su entorno de colaboradores a su gran obra sobre la Segunda Guerra Mundial en que venía trabajando casi desde su mismo inicio en el año 1939. Consciente de sus posibilidades y de sus mermas físicas, Liddell Hart centró estos últimos años de su vida todo su esfuerzo en redondear lo que habría de ser su obra póstuma, un libro que, más allá, de la mera crónica de batallas, pretendía ser una ampliación teórico-práctica de sus ideas estratégicas mediante el estudio de la mayor contienda de la Humanidad que, como teórico, había tenido la ocasión de



Fig. 12. Liddell Hart, portada de *Life*. Tras la Segunda Guerra Mundial, especialmente durante las décadas de 1950 y 1960, el mundo por fin reconoció la valía de este gran pensador.



Fig. 13. SIR Basil Liddell Hart. El dandy, por fin, recibe en 1966 la más alta distinción inglesa de manos de la Reina: Caballero del Imperio Británico, por su contribución a la historia y los asuntos militares (en la foto, con su segunda y amantísima esposa Kathleen y su inseparable pipa en la mano).

presenciar³⁰. Y esto es precisamente lo que consiguió: además de seguir siendo una de las mejores síntesis de la guerra, su *Historia de la Segunda Guerra Mundial* es una lección de historia, geografía, política, economía, e incluso sociología y psicología, dentro de ese concepto totalizador de Gran Estrategia que, como veremos, el pensador tenía en su cabeza.

Una cabeza que dejó de funcionar, junto con su frágil corazón, una fría mañana de enero de 1970, estando trabajando en su despacho, rodeado de sus libros, sus recortes, sus fotos de generales admirados y sus pipas. Sir Basil Henry Liddell Hart había vivido, como dijo su queridísima Kathleen, una vida plena.

³⁰ Es de nuevo su mujer quien nos dice en el prólogo de esta obra que *casi cada año visitaba Europa Occidental para estudiar sobre el terreno campos de batalla y playas de desembarco, conversar con viejos amigos y, mapas en mano, tomar notas para su «Historia»; amaba los viejos paisajes, las catedrales, la buen comida y los itinerarios de la guía Michelin; anotaba cuidadosamente detalles del terreno.*

OBRA

Al igual que en el caso de los grandes filósofos que hacen una aportación decisiva al mundo del pensamiento, la obra de Liddell Hart es como un conjunto de planetas girando en torno a una idea central que define y ordena toda su producción, presidiéndola y condicionándola, repitiéndose, ampliándose y alimentándose a sí misma, contradiciéndose incluso en ocasiones, pero siempre perfeccionándose e irradiando su poderosa luz a cada página escrita. Esta idea es en la obra de Liddell Hart la de la Aproximación Indirecta. Empleando una de esas analogías a las que él era tan dado, podríamos decir que en su obra hay tres grandes corrientes convergentes que desembocan todas ellas en las aguas de esa aportación a la que dedicó sus mejores horas de estudio: la de las biografías, la de la historia y la de la estrategia. Veamos cada uno de estos grupos. (Fig 14. Laboratorio y Cuadro Anexo).



Fig. 14. El maestro en su laboratorio. Liddell Hart en su estudio de States House, Medmenham, origen de su monumental archivo que hoy día está a disposición de los historiadores e investigadores.

Biografías y semblanzas

Es curioso observar cómo los primeros libros que el Liddell Hart de 30 años empieza a publicar en circuitos comerciales son biografías de famosos generales, todos personajes de una u otra forma heterodoxos que utilizaron en sus campañas métodos indirectos para imponerse al enemigo. Quizá todavía de una forma no consciente, o al menos no tan premeditada como lo hará

posteriormente, el autor empieza en estos ensayos a colocar los pilares de su gran aportación a la estrategia, empleando las vidas de estos capitanes como «case studies» de los actuales masters de negocios, en los que se analizan determinados modelos para extraer consecuencias generales. Así, en este primer Hart no encontramos unas biografías al uso, sino unas semblanzas de las que derivar postulados genéricos. La mera elección de los personajes estudiados ya es toda una declaración de intenciones, por supuesto no aleatoria, y a medida que iba pasando el tiempo, estas vidas fueron dando forma a sus pensamientos sobre historia y estrategia que desarrollará más adelante. Además, Hart preferirá siempre adentrarse en la mente de los generales, que es donde se ganan o pierden las batallas, antes que narrar batallas a base de nombrar unidades y ejércitos enfrentados, siguiendo la máxima napoleónica: En la guerra los hombres no son nada; sólo un hombre lo es todo.

La primera de ellas, publicada en 1926, es su biografía-estudio sobre Publio Cornelio Escipión con un título tan provocador –toda su prosa tiene algo de provocación, de tono intencionadamente polemista- como sugerente: *A greater than Napoleon: Scipio Africanus*. El libro, que todavía hoy nos asombra por su erudición, y a pesar del tono hagiográfico que llega a ser por momentos molesto, en realidad es ya un adelanto de su teoría de la aproximación indirecta, pues en ella estudia los métodos poco usuales que hubo de emplear un jovencísimo Escipión para vencer al no menos irreverente Aníbal Barca: Quienes definen como objeto de fundamental importancia el núcleo más destacado de las fuerzas armadas adversarias, pierden de vista el hecho de que su destrucción debe ser un medio para alcanzar el objetivo final, que consiste en realidad en quebrar la voluntad del enemigo de seguir luchando³¹. (Fig. 15. Escipión).

Cuando el púnico campaba a sus anchas asolando los campos de la fértil Italia –después de una aproximación indirecta que primero había llevado a su padre Amílcar a establecer su base de operaciones en Iberia y luego a él mismo a cruzar los Alpes con un enorme ejército-, nadie en Roma se atrevía ya a mandar legiones contra él, literalmente pulverizadas en la batalla modélica: Cannas (216 a. C.) Sólo un joven e intrépido senador osó solicitar el mando de unas tropas para enfrentarse al enemigo, lo que le fue concedido a regañadientes. Es así como, continuando la labor de su padre y su tío, caídos en combate, y devolviéndole a los Barca su estrategia indirecta, Escipión desembarcaba en Hispania y, en una campaña relámpago, se hacía con Cartago Nova, principio de la destrucción de la hegemonía cartaginesa en la Península. En realidad, consciente de que una ofensiva debe partir siempre

³¹ LIDDELL HART, Basil: *Escipión el Africano*. Editorial Rioplatense, Buenos Aires, 1974, p. 52.

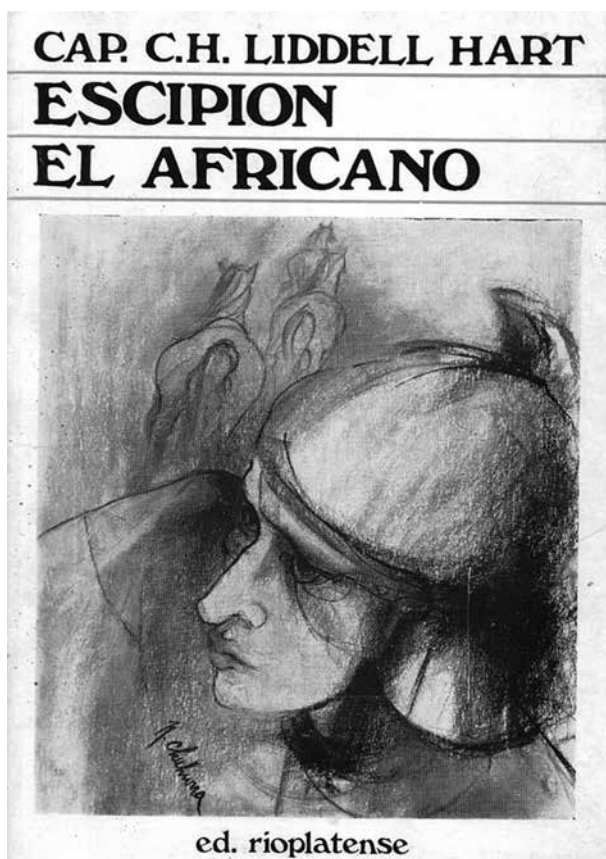


Fig. 15. Portada de *Escipión el Africano*, Editorial Rioplatense, Buenos Aires, 1974, única edición en español hasta la fecha de este libro.

de una base segura, axioma fundamental del Arte de la Guerra, había logrado con ello dos objetivos al tiempo: arrebátarsela al adversario y consolidar esa misma base para su propio provecho. Mientras, en Italia, la inacción de Fabio iba dando sus frutos a medida que Aníbal se debilitaba cada vez más sin poder combatir.

Tras años de lento pero fructífero maniobrar, Escipión, gran conocedor del alma humana, con unas tropas perfectamente adiestradas y un pueblo romano enardecido por haber conseguido los primeros éxitos frente a los odiados adversarios, se encontró en disposición de desembarcar en África, llevando la guerra al fin al corazón de un contrario acorralado. Tras una enigmática reunión de dos de los más grandes generales de la Antigüedad, Aníbal y su «discípulo» Escipión, las legiones y los cartagineses se enfrentaron en Zama,

resultando vencedores in extremis las primeras. La estrategia poco convencional, que no perdía nunca de vista el objeto final, desplegada por el que ya sería para siempre Africanus había triunfado: En Escipión, la idea del aprovechamiento estratégico de la victoria era innata, a la par que su sentido táctico, y dirigía siempre su mirada hacia el futuro, hacia su objetivo final: África³².

Después de esta entrada triunfal en la historiografía militar, un año más tarde, y como fruto del trabajo que venía realizando para la revista *Blackwood's Magazine*, L.H. publicó otro de sus libros clásicos que todavía se reedita y estudia hoy en Gran Bretaña y EE.UU.: *Great Captains Unveiled*. Como su nombre indica, el libro pone al descubierto las estrategias de cinco grandes generales: Gengis Kan y su general Sabutai, Mauricio de Sajonia, Gustavo Adolfo, Wallenstein y Wolfe. En algún momento posterior el escritor dijo que estos artículos estaban escritos con urgencia por ver de alertar a los dirigentes políticos y militares de su país sobre los grandes retos a que se enfrentaban en esos años, ofreciendo vía historia posibles soluciones. Un clamor en el desierto.

Como si de un santoral se tratara, de cada uno de los personajes esbozados extrae una virtud ejemplarizante, conformando eslabón a eslabón el todo de su idea de la estrategia, cada vez más clara en su cabeza. De todos ellos destaca su capacidad de maniobra en el sentido más amplio de la palabra. Si de los dos mongoles destaca su increíble movilidad y su facilidad para reducir al mínimo lo que Liddell Hart llamaba «la cola logística de los ejércitos», viviendo del terreno, del segundo valora su increíble lucidez para los asuntos militares, plasmada en una de las primeras obras clásicas sobre el Arte de la Guerra, sus «Reveries» (una famosa cita atribuida a Bonaparte está en realidad extraída del de Sajonia: La victoria se basa más en las piernas de los soldados que en las armas). A Gustavo Adolfo, rey de Suecia, padre de los modernos ejércitos, lo admira por encima de todos, en especial su instinto para maniobrar y concentrar en un punto determinado su potencia de fuego, sin menoscabo de su enemigo en la Guerra de los Treinta Años, Wallenstein, el cuarto personaje estudiado. En ambos destaca la importancia que daban a la formación de los mandos, otra constante en la obra de Liddell Hart, quien creía en ella como instrumento para perfeccionar el cuerpo de oficiales. Acaba el libro con una semblanza de Wolfe, el héroe de Québec, que arrebató definitivamente a Francia su parte del Canadá muriendo en el empeño, otro fanático de la movilidad y de la preferencia de la calidad sobre la cantidad³³.

³² LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 71.

³³ LIDDELL HART, Basil: *Great Captains Unveiled*, Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1996 (esta edición en realidad es una reimpresión de la primera versión de 1927). Como detalle

¡Y qué pena que el sabio pensador cayera en la trampa de la historiografía oficial anglosajona, que como sabemos desprecia por ignorar todo lo español, y no se ocupara por ejemplo de nuestro Gran Capitán o de esa escuela genial de los Tercios, un modelo de organización dentro del Arte Militar! (En toda su obra se encuentran muy pocas referencias a la tradición castrense española, salvando cuando valora positivamente la acción de las guerrillas de 1808, la úlcera de Napoleón»). (Fig. 16. Great Captains).

Mucho más polémico fue su *Reputations: Ten Years After* (1928), un compendio de biografías de personajes de la Gran Guerra -Joffre, Foch, Ludendorff, Allenby, Pershing, Haig-, que le sirvió de base para su posterior historia de esta contienda y que le ocasionó más de un disgusto, especialmente por la agudeza de sus críticas contra los generales aliados. Este Liddell joven, combativo, dolido por su exclusión del ejército, asqueado aún de aquella guerra atroz, lúcido por encima de todo, ya se nos muestra como el escritor que llegará a ser: claro y sin componendas ni pelos en la lengua, algo cáustico pero casi siempre certero en sus interpretaciones, con un estilo brillante plagado de bellas e instructivas metáforas, dueño y señor de la historia, que maneja con facilidad pasmosa. Y con un solo prurito como investigador: la búsqueda de la verdad, la dijera Agamenón o su porquero, doliera a quien doliera, porque esa verdad en la guerra puede salvar vidas. Buen aviso a navegantes de hoy día. Muchos de los jefes tratados seguían vivos en la fecha de publicación del libro, sintiéndose dolidos por las críticas que en él vertía a la conducción franco-británica de la guerra. El antiguo capitán, ahora intelectual de éxito, se les insolentaba y les dejaba en evidencia. Al que más respetaba dedicó una obra entera: Foch: *The Man of Orleans*, no exenta tampoco de polémica pues a pesar de ese respeto, bajaba al mariscal del pedestal al que lo habían subido los políticamente correctos de la época. Más adelante escribió sobre su admirado Lawrence de Arabia, en una ocasión con consideraciones estratégicas sobre el empleo de medios no convencionales en la guerra, y en otra, más íntima, en colaboración con otro gran amigo, Robert Graves.

En 1929 publicó la que es sin duda una de sus mejores biografías, quizá uno de sus mejores libros: la de ese azote de la guerra llamado William Tecumesh Sherman (su amigo Fuller escribía por entonces un libro sobre Ulises Simpson Grant y Robert Edward Lee). El de Sherman, más que un acertado retrato del personaje e incluso más allá de ser un libro básico sobre la interesantísima Guerra de Secesión, es ya claramente un estudio sobre estra-

personal, diremos que el libro va dedicado a su primera esposa, siendo una de las pocas veces que vemos asomar en su obra algo de su intimidad, que guardó siempre celosamente.

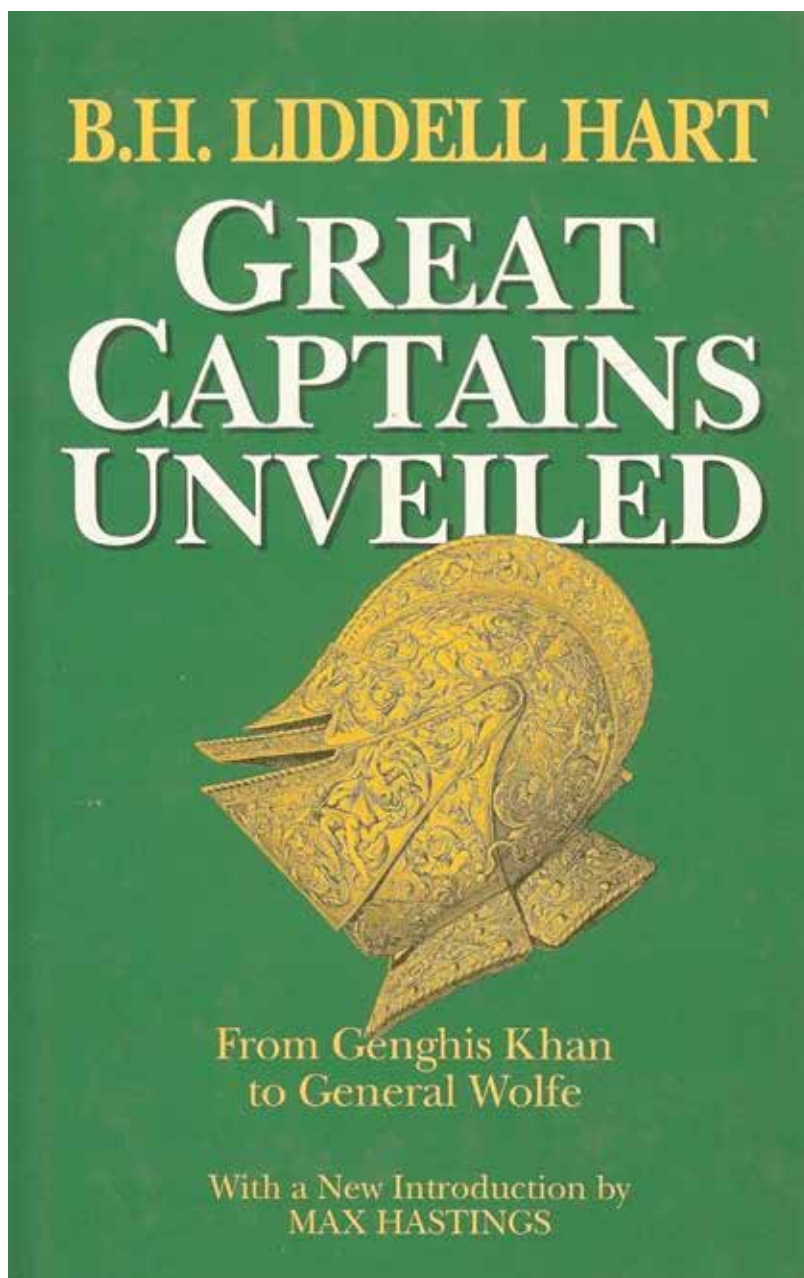


Fig. 16. Portada de una de las ediciones inglesas de *Great Captains Unveiled* (Greenhill Books, 1990), prologada por uno de sus discípulos, Max Hastings. Obra desafortunadamente inédita en español.

tegia, donde, utilizando como ejemplo la campaña de 1864, expone un caso práctico de aproximación indirecta. Antes de estallar la guerra en 1861, los unionistas tenían desarrollado un plan para acabar con los estados sureños en caso de que se produjera la contingencia de una separación que provocase la guerra civil. El plan, acertadamente llamado «Anaconda», consistía en bloquear a los estados confederados, encerrándoles en un enorme cuadrilátero cuyos lados eran: al este y al sur, el océano y el Golfo de México respectivamente, para lo que los yanquis debían hacerse dueños de los mares. Al oeste, el Misisipi, frontera fluvial natural de los secesionistas, cuyo curso habría de ser forzadamente controlado. Y al norte, los propios estados de la Unión, yunque y martillo alternativamente en función de las circunstancias. (Fig. 17. Sherman).

Esta estrategia, que la Unión pudo ir desarrollando a lo largo de la contienda no sin contratiempos -tenía enfrente un formidable enemigo con excelentes generales que amenazaba su capital, Washington-, no podía sino ser del agrado del teórico de lo indirecto, pues el bloqueo buscaba ahogar económicamente al Sur, desmoralizando a su población con el objetivo último de hacerla perder la voluntad de lucha. Esto no necesariamente implicaba destruir al grueso enemigo, sino más bien atezarle en sus recursos y destruir su moral. Así que, una vez cerrada la caja de esa gigantesca anaconda, los yanquis necesitaban un látigo con el que fustigar el territorio enemigo, arrasando su granero -Georgia- hasta llegar a su corazón, las Carolinas. Ese látigo, de una dureza extraordinaria -en la guerra como en la guerra- fue W. T. Sherman, hombre puritano, militar ejemplar, primer general totalitario moderno (Fuller dixit), cuyas proclamas hacían temblar por su ira, y el latigazo fuerte, rápido, violentísimo, sería su famoso raid o «marcha al mar», que con 60.000 hombres de una movilidad extraordinaria y que vivían sobre el terreno, partió la zona confederada en dos, dejando un reguero de muerte, fuego y destrucción a su paso, con el incendio de Atlanta como exponente máximo que ha quedado en la memoria colectiva norteamericana e incluso mundial gracias a la literatura y el cine³⁴.

Sherman: Soldier, Realist, American fue un éxito de ventas en su día y se ha convertido en un long-seller clásico estudiado en las academias militares. Esto no siempre fue así. Para comprender la estrechez de miras del alto mando británico de entreguerras y la inquina que tuvieron a Liddell Hart,

³⁴ Su famosa proclama antes de dar la orden de ataque aún hoy nos causa escalofríos, con expresiones como «hacer gemir a Georgia», «no me esforzaré en contener a mi Ejército», «casi tiemblo por el destino del Sur». Un testimonio contemporáneo del raid aseguraba que se había matado hasta los perros (recogido de FULLER, J.F.C.: *Batallas decisivas del Mundo Occidental*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961, tomo dos).

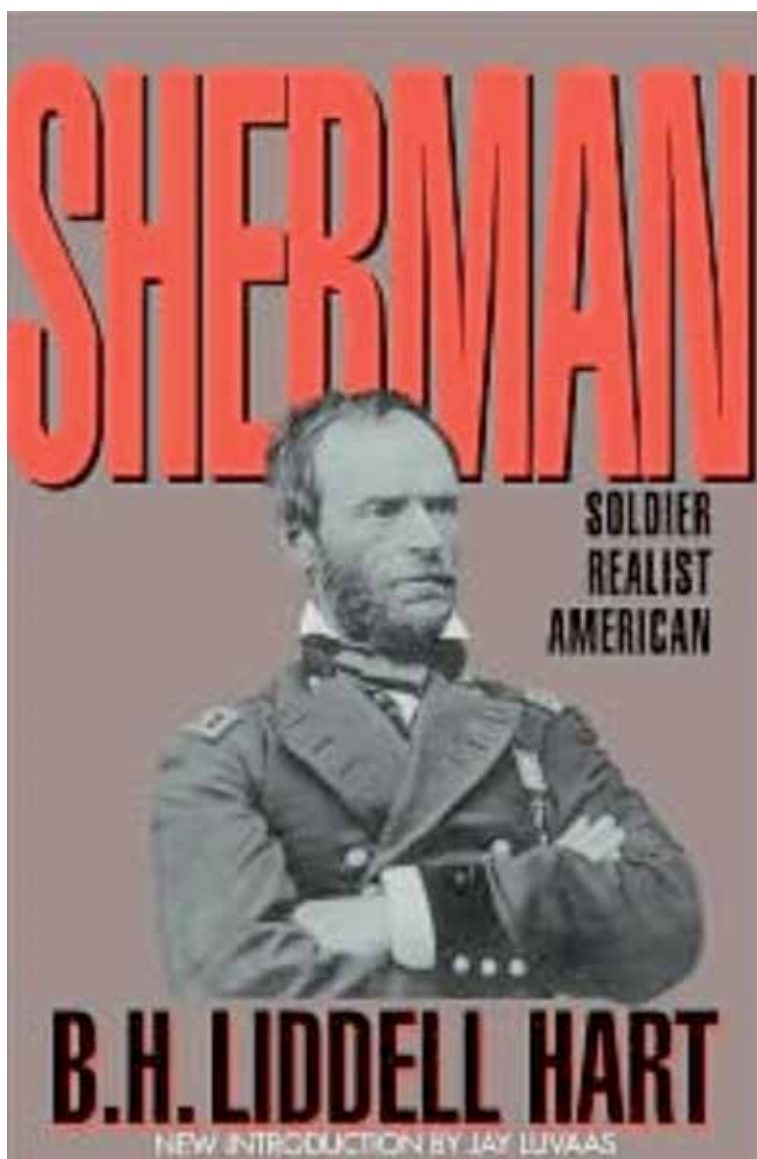


Fig. 17. Portada actual de la biografía de uno de sus personajes favoritos, el general unionista William Tecumesh Sherman: *Soldado, Realista, Americano*. Inédita en español.

dejemos que sea nuestro protagonista quien nos cuente las vicisitudes que tuvo este libro en su momento: Era costumbre elegir como tema una guerra determinada para que sirviese por un período de tres años en la parte de

historia militar del ascenso para oficiales, y correspondió el turno a la guerra civil americana... Esto fue anunciado en las órdenes del Ejército de 1933, incluyendo mi Sherman y el Grant and Lee de Fuller como libros propuestos para el estudio...El jefe del Estado Mayor Imperial montó en cólera en razón de que los libros de dos autores heréticos como nosotros hubiésemos sido prescritos en lugar de proscritos. Pero incluso él mismo se dio cuenta de que sustituirlos por otros libros hubiera sido una manifestación demasiado clara de sus prejuicios. Por ello, al mes siguiente las órdenes ¡suprimieron la guerra civil americana como tema de estudio!³⁵

Ese año de 1933 aparecería *The Ghost of Napoleon* (traducido en Argentina en su única edición conocida en castellano hasta la fecha como *El espectro de Napoleón*). En este libro, que, de nuevo, no es una biografía al uso, Liddell Hart mata dos pájaros de un tiro, al tratar al mejor práctico de la guerra –Napoleón– junto a su mayor teórico –Clausewitz–, siempre obsesionado por las enseñanzas que se puedan extraer de la Historia (no olvidemos que dos títulos emblemáticos suyos son: *We learn from History that we don't learn from History* y *Why don't we learn from History*, es decir, *Aprendemos de la historia que nunca aprendemos de la historia* y ¿Por qué no aprendemos de la historia?)

En esta obra Hart hace una interpretación rayana en la heterodoxia de las guerras napoleónicas y de la guerra europea, aún humeante en su cabeza. Respecto a las primeras, llega a afirmar que Napoleón no fue más que un advenedizo nada original pero que, eso sí, supo aplicar como nadie las enseñanzas de la historia, que dominaba con soltura (amén de empaparse de las lecturas de dos de los teóricos militares más importantes del XVIII, Bourcet y Guibert). Esto y la perfecta ejecución de tales enseñanzas en el campo de batalla es lo que hizo grande a Bonaparte, quien ejecutó como nadie al arte de la maniobra, educando su «ojo táctico» natural en el estudio de las campañas de los Alejandro, los Aníbal, los César, buscando siempre la sorpresa y «ser más fuerte que el enemigo en el punto más débil del enemigo». No olvidemos la exclamación del corso en Austria: *He destruido al enemigo meramente con marchas. Su manoeuvre sur les derrières*, sin ser exactamente la aproximación indirecta que Hart tenía en la cabeza, es un máximo ejemplo de ella.

Por el contrario, un siglo de formación en las ideas de Clausewitz –«autor de las sagradas escrituras militares y, como ellas, más citadas que leí-

³⁵ LIDDELL HART, Basil: *Memorias de un cronista militar*. L. de Caralt Editor, Barcelona, 1973, pp. 128-129.

das»- no sirvieron para extraer las verdaderas conclusiones que de las enseñanzas del alemán se pueden derivar. Es más, una mala interpretación o, mejor, sobreinterpretación o empacho de sus ideas, buscando un choque decisivo que destruyera las fuerzas enemigas, es lo que produjo el sangriento estancamiento de la Primera Guerra Mundial. Tras advertirnos que, a pesar de ser producto de doce años de intenso trabajo intelectual, *Vom Krieg* es una obra inacabada por la muerte de su autor en 1930, Hart nos recuerda la profecía del propio Clausewitz: Quizá mi trabajo se vea interrumpido por mi muerte, entonces lo que quede de él sólo podrá ser considerado como una masa de conceptos a los que todavía no se les ha dado forma, abriendo la puerta a malentendidos sin fin³⁶. El maestro sabía que una muerte prematura interrumpiría el curso de su pensamiento, evitándole llegar a las profundas conclusiones que quizá aún no estaban ni en su cabeza, pero a las que seguro llegaría como el gran filósofo que era. En esas interpretaciones erróneas más que en su obra acabada se forjaron los militares del XIX y de principios del XX, intoxicando sus mentes con lo que nuestro protagonista llama una «marsellesa prusiana» de fatales consecuencias... Interesante idea sobre la que reflexionar.

Tras esta avalancha de biografías, Liddell Hart se volvió hacia la historia y la estrategia, dejando el género memorialístico aparcado durante décadas, hasta que en 1965 se enfrentó con la biografía más difícil de todas, la de uno mismo. *The Memoris of Captain Liddell Hart* (Memorias de un cronista militar en su versión española debida a ese gran editor que fue Luis de Caralt) es un libro extraño, sincero como todas sus obras, pero extraño, no tanto por lo que cuenta -que también- sino por lo que calla. Y calla mucho, ya que el libro termina cuando las cadenas de los carros de Guderian echan a rodar en mayo de 1940 hacia el Mosa, con un párrafo nostálgico y triste, acaso enojado, que ya hemos tenido ocasión de ver anteriormente. Era como si su propia vida no le interesara más allá de esa fecha, como si su obra en este mundo hubiera sido profetizar la nueva guerra sobre cadenas, olvidando que, hoy día, muchos años después de su muerte, su verdadera aportación filosófica ha sido la de la Teoría de la Aproximación Indirecta, más allá de la coyuntura de 1940 por crucial que ésta fuera.

A L.H. se le nota contenido en sus memorias, como no queriendo ajustar cuentas con nadie, lo que hubiera podido hacer a placer no tanto por el paso del tiempo como por la razón que éste le dio y el reconocimiento que a esas alturas de los años 60 tenía a nivel mundial. Ello nos habla de su caballerosidad, pero también de su hastío, y aunque cuenta con detalle pormenores

³⁶ Extraído de LIDDELL HART, Basil: *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991, p. 344.

vivididos durante los años 20 y 30, nos da siempre la sensación de que algo falta, de que tanto detalle no es sino una cortina de humo para ocultar su monumental enfado con sus compatriotas, que tan mal le trataron. Dice lo que puede decir y seguramente se nos escapan muchas cosas entre líneas, no sólo por la traducción, sino por desconocimiento de una intrahistoria que quizá ya no interese a nadie. Quizá sólo hacía gala de la frase que dijo con motivo de una entrevista: Según uno madura debe volverse más crítico pero al mismo tiempo más benévolo.³⁷ En cualquier caso, a pesar del placer de su lectura, como dijo un novelista español de su mayor éxito, al leerlo uno se queda con la sensación del gran libro de memorias que sir Basil hubiera podido escribir³⁸... (Fig. 18. Memorias).

Historia

En el prólogo a la edición norteamericana de *Great Captains Unveiled* que manejamos, el historiador Russell F. Weigley hace una de las exégesis más acertadas de la obra de Liddell Hart al decir que *para él, el pasado no era un área para explorar por la mera satisfacción del descubrimiento o de la investigación. Él usaba el pasado como una mina de la que extraer lecciones en la que apoyar sus ideas estratégicas que había previamente formulado...* Lo que no le resta un ápice de veracidad, pues como un científico más que como hombre de letras, ese uso no era manipulador, sino que le servía para demostrar -o refutar- unas hipótesis de trabajo sobre las que fundar teorías generales.

Por tanto, no estamos claramente ante un historiador, pero el conocimiento exhaustivo de la historia en él se presupone. Además, como asevera también el prologuista, *los historiadores debieran estarle agradecidos por la insistencia que mostró siempre sobre el valor de estudiar el pasado... Hay muchos historiadores militares de talento, pero sólo hay un Basil Liddell Hart, el crítico militar que empleó la Historia para erigir tanto su bella prosa como para incitar a los militares de su época a ponderar en su justa medida las enseñanzas que se deben extraer de los grandes capitanes del pasado, tratando de emularles*³⁹.

³⁷ BOND, Brian: «Reflexiones sobre la guerra. Una conversación con B. H. Liddell Hart», en *Military Review*, septiembre 1965.

³⁸ Para el lector español, las memorias de Liddell Hart tienen un valor añadido especial al incluir una serie de comentarios sobre nuestra guerra civil.

³⁹ LIDDELL HART, Basil: *Great Captains Unveiled*, Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1996. Introducción de Russell F. Weigley. Pp. x-xvi.

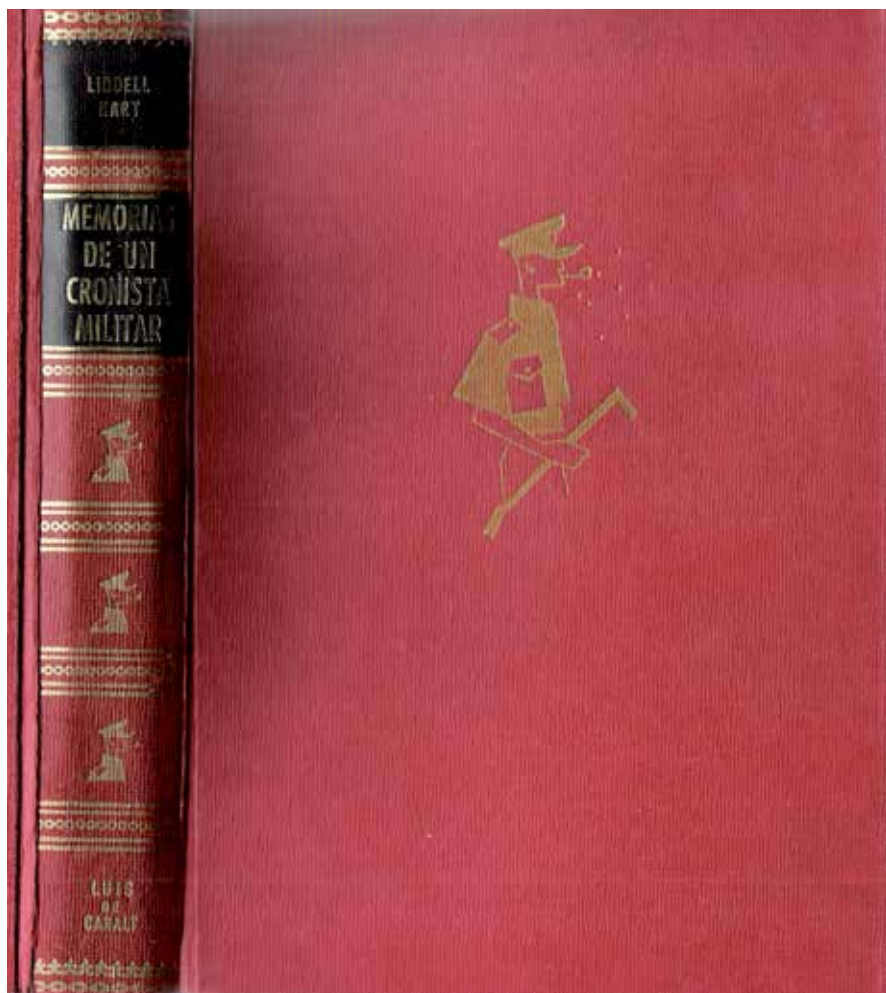


Fig. 18. Con ecos del coronel Bramble, esta deliciosa tapa dura fue la que eligió Luis de Caralt para la versión española de las memorias de Liddell Hart: *Memorias de un cronista militar* (Barcelona, 1973).

Las dos obras clásicas que podríamos considerar eminentemente históricas en su producción son sus dos volúmenes de sendas guerras mundiales, entre los que media una gran diferencia, no sólo de años (la de la primera está escrita en 1930 y la de la segunda es su obra póstuma), sino de estilo, contenido e incluso tono vital (donde una tiene mucho de ajuste de cuentas, la otra es una obra plena de madurez, un testamento vital). El pensador, el teórico, ha ido reduciendo durante esos 40 años sus juicios de valor, sin

eliminarlos nunca del todo pues ellos caracterizan su escribir, para ir ganando en su faceta como cronista, logrando en su *Historia de la Segunda Guerra Mundial* un equilibrio perfecto entre el polemista, el historiador y el estratega. Veamos ambas obras. (Figs. 19 FRENT OCC 1914 y 19 bis. FRENTE OCC 1940).

Su historia de la Guerra Europea⁴⁰, *The Real War*, comienza con una de esas imágenes tan caras a nuestro autor y que a veces explican mejor los hechos que cualquier interpretación más sesuda: *Cincuenta años fueron necesarios para convertir Europa en un polvorín y cinco días bastaron para hacerlo estallar*. Muy significativamente, el libro va dedicado al *major-general* sir John Brown «and The Legion», esa bonita institución asistencial que sirve a los veteranos del Ejército británico y a sus familiares, creada precisamente a raíz de la guerra del 14 para aliviar las penas de los miles de soldados que quedaron en situación harto precaria. Hombre profundamente literario, L.H. divide la obra en tantos capítulos como años duró la guerra, ayudándose de una metáfora pugilística para nombrarlos. Éstos son los títulos de los capítulos de *The Real War*:

- *The Clinch* (1914). «*Clinch*» es el término utilizado en el boxeo para designar la acción por la cual los dos contendientes se «enganchan», se abrazan violentamente.
- *The Deadlock* (1915), o punto muerto.
- *The «Dog-Fall»* (1916). Expresión extraída de la lucha que hace referencia a cuando los dos boxeadores caen juntos al suelo.
- *The Strain* (1917), que se podría traducir como «tensión», refiriéndose a la presión insoportable que se ejerce sobre una olla caldeada.
- *The Break* (1918), que podría valer por ruptura pero también por desmoronamiento o, siguiendo con el boxeo, la separación de los dos contendientes.

⁴⁰ Hasta que algún editor valiente se decida a publicarlo en español, recomendamos al lector interesado buscar por Internet el libro en su versión inglesa. El propio autor explicó los avatares de los cambios de nombre de esta obra. En su versión de 1930 el autor la intituló *The Real War* porque su intención era hacer una historia de la guerra «real» que, a su juicio, es la que se da en las mentes de los generales, por eso el libro, antes que largas narraciones de batallas con estados de fuerza, fechas y pormenores, se centra en la toma de decisiones de los cuarteles generales, ahondando en factores psicológicos y aún fisiológicos de los comandantes en jefe. En su segunda edición, corregida y aumentada, de 1934 el libro ya pasa a llamarse *A History of the World War*, y el escritor lo justifica en que ya habían pasado muchos años, muchos archivos habían sido abiertos y muchos protagonistas habían dejado sus testimonios, por lo que iba siendo hora de componer una historia global de la guerra. Las ediciones posteriores a la Segunda Guerra ya se llaman definitivamente *History of the First World War*. Recientes reediciones han vuelto, sin embargo, a retomar el título original, lo que nos parece acertado, pues ese «*Real*» sigue siendo inquietante en su polisemia.



Fig. 19. La pasión por la geografía de Liddell Hart, que consideraba inseparable del estudio de la historia, le llevaba a confeccionar planos propios para sus obras. Como ejemplo, este mapa del Frente Occidental francés de la Primera Guerra Mundial para su *The Real War* (Faber, 1930).

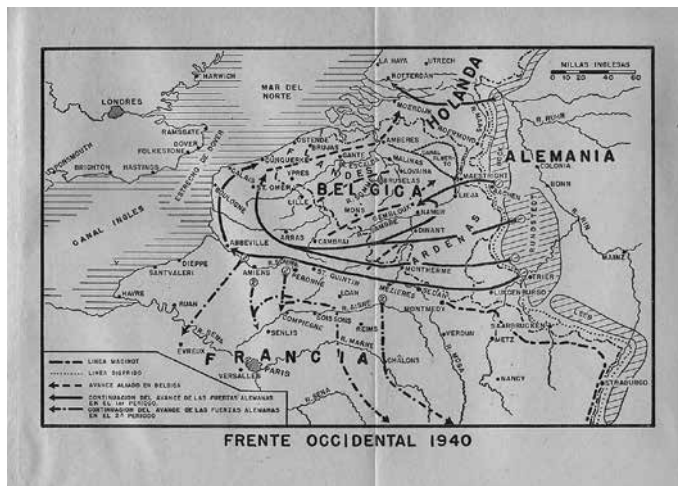


Fig. 19 bis. El Frente Occidental unos años más tarde, en 1940 (extraído de *Los generales alemanes hablan*, Ateneo).

El libro, escrito por alguien que sufrió en persona las consecuencias de aquella guerra cruel, tiene mucho de ajuste de cuentas como ya dijimos, lo que no deja de ser valiente al estar vivos muchos de los protagonistas a los que acusa directamente con el dedo: *Al acabar este libro, soy perfectamente consciente de sus imperfecciones, pero me consuela el saber que cualquier libro es imperfecto... Tengo tan poco deseo de ocultarlas como de ocultar las imperfecciones de cualquiera de los personajes que en él se retratan. Persigo la verdad, por encima de lo que hipócritamente a veces se ha llamado «buen gusto». Para mí es más importante lograr un veredicto verdadero que disimular hechos que puedan resultar perjudiciales para ciertos individuos y sus reputaciones, que no merecen ser preservadas al precio de un nuevo holocausto de vidas humanas. Esto no significa que tenga intención de exagerar buscando el aplauso popular o cargar sobre sus espaldas todo el peso de los errores y la locura que debiera ser compartido entre muchos. La verdadera tarea del historiador es destilar experiencia como medicina preventiva para las futuras generaciones, no instilar drogas⁴¹...* Toda una declaración de intenciones que marca el tono del libro y de su estudio de la historia en general.

Sir Basil, como muchos historiadores posteriores, no acierta a encontrar las causas reales de esta guerra, más allá de los inevitables roces entre unos imperios en su máxima expansión territorial, industrial y humana, con una potencia destructora como nunca antes se había visto en la historia, y con intereses contrapuestos y ánimos soliviantados por unas oleadas de nacionalismo exacerbadas a lo largo de todo el siglo XIX. Por eso, su resumen sobre los orígenes de la conflagración es el siguiente: *Las causas fundamentales del conflicto pueden ser resumidas en tres palabras: temor, hambre y orgullo. Al lado de ellas, los múltiples incidentes internacionales ocurridos entre 1871 y 1914 no son sino meros síntomas⁴².* Para él, los ejércitos beligerantes entraron en la guerra con una mentalidad del siglo XVIII ligeramente corregida por las experiencias del XIX, pero con el poder de destrucción a gran escala que iba a caracterizar al XX. Un viejo orden no acababa de morir mientras uno nuevo no acababa de emerger, lo que produciría el choque frontal de la guerra de trincheras.

Liddell Hart, como siempre, nos ofrece una visión que nos saca de las «cajas tradicionales» y, si al principio su interpretación de un hecho determinado nos sorprende como extravagante, una vez asimilada no concebimos otra diferente. Así, por ejemplo, desmitifica una de las batallas más

⁴¹ Traducción libre de algunas frases del prólogo a la primera edición. LIDDELL HART, Basil: *The Real War 1914-1918*. Cassell, Londres, 1930.

⁴² LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p.18.

importantes de la guerra, la del Marne, diciendo ni más ni menos que en realidad «*no hubo tal batalla del Marne*», sino sólo una serie de movimientos concatenados *no deliberados* por parte de ninguno de los contendientes, que llevaron a los alemanes a cometer un error en su despliegue y a los franceses a aprovecharlo casi de forma inconsciente, deteniendo a su mortal enemigo e inaugurando la guerra de posiciones en que se embarraría esta contienda que con tanto brío y tanta irresponsable alegría había comenzado. Cuando esos ejércitos masivos de cientos de miles de hombres, dotados con armas automáticas cuyo uso y potencia no alcanzaban a comprender del todo y mandados por generales empachados de Clausewitz, se vieron imposibilitados de maniobrar, el estancamiento quedó servido en bandeja, según el principio de física de que dos fuerzas opuestas de igual intensidad se anulan. Con ello, el Arte de la Guerra bajaba a las catacumbas de la mera fuerza bruta, del choque de fuego sin movilidad alguna, perdiendo así su esencia.

En lo tocante a su país, las ideas de Hart son igual de reveladoras: *Las reformas habidas en el Ejército tendentes a homologarlo con los grandes modelos continentales indujeron a un hábito de pensamiento también continental en las mentes del Alto Estado Mayor inglés, llevándole a pensar que su papel en una guerra futura era desplegarse en fuerza junto al ejército aliado de turno. Esto iba en contra del empleo tradicional del Ejército británico, entendido siempre como una fuerza pequeña pero altamente profesional y fundamentalmente anfibia, amparada en la supremacía de la Royal Navy y capaz de golpear en el sitio menos esperado, manteniendo por tanto al enemigo alerta y desconcertado sobre cuándo, cómo y dónde se iba a producir ese golpe. Esa fuerza pequeña pero bien entrenada es capaz de producir un efecto estratégico mucho mayor proporcionalmente de lo que cabría esperar de su tamaño*⁴³. De hecho, una de las pocas instituciones que se salvan del dedo acusador de este joven Liddell Hart es la *Royal Navy*, que no tuvo ninguna victoria tan resonante como la de Trafalgar pero que, a la larga, asegurando bien que con dificultad las líneas de comunicación propias y asfixiando lentamente las contrarias, manteniendo al tiempo a la flota alemana en sus puertos tras las tablas de Jutlandia, contribuyó más a la victoria que los millones de jóvenes brutalmente sacrificados en los campos de Flandes. Confirmando quizá esa vieja máxima de la estrategia que nos enseñó otro maestro hoy día olvidado, el marino español Luis de la Sierra: siempre que una potencia naval y otra continental se enfrentan en una guerra prolongada, acaba imponiéndose la primera, más en el caso de

⁴³ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 63. Liddell Hart dedicó a lo que él llamaba la «*manera británica de hacer la guerra*» muchos ensayos, artículos y libros, así por ejemplo *The British Way in Warfare* (ver Cuadro anexo).

las guerras mundiales, donde el fenómeno bélico deriva más en un problema económico y de recursos que meramente castrense. Porque para Liddell, la *Navy* siempre fue el mejor instrumento de lo que llamaba la Gran o Alta Estrategia, pues podía ser empleada tanto para lograr éxitos militares como económicos, políticos y aun psicológicos.

Hart presta especial atención en el libro a los adelantos venidos con la Revolución Industrial, muchos de ellos empleados por vez primera a gran escala con fines militares. Así los ferrocarriles, vitales para los movimientos estratégicos de tropas y de todo tipo de suministros de boca y fuego. Apasionado de los raíles, nos informa de que el Ejército alemán hizo un mejor uso de su sistema ferroviario, facilitando todo tipo de desplazamientos necesarios para el sostenimiento de la guerra, lo que logró gracias a que «*su sistema ferroviario había sido diseñado bajo guía y supervisión militar antes de la guerra*⁴⁴», anticipándose a los acontecimientos. Ejemplo: si el gran despliegue teutón comenzó el 6 de agosto de 1914, sólo seis días más tarde, gracias al descomunal esfuerzo de 550 trenes diarios cruzando los puentes del Rhin, los siete ejércitos de maniobra estaban en sus posiciones de partida en la frontera, totalizando un millón y medio de hombres pertrechados preparados para avanzar sobre Francia. Por otro lado, en la segunda edición del libro añade todo un capítulo -*Panorama*- dedicado a otra de sus obsesiones, la aviación, cuyo poderío hace su aparición en esta guerra, si bien todavía sin la contundencia y la perfección de las guerras posteriores. Sin olvidar la amenaza submarina, donde nos aporta un dato escalofriante como ejemplo de lo cerca que estuvieron los sumergibles alemanes de estrangular el comercio inglés: *En abril de 1917, el peor mes, uno de cada cuatro barcos que partió de las Islas Británicas nunca llegó a casa*⁴⁵. En un momento del libro, concluye diciendo que para él la guerra submarina era principalmente un arma económica, mientras que la aérea era primordialmente un arma psicológica.

Mención aparte merece el tratamiento que le da a los carros de combate, a los que dedica un capítulo entero desde su aparición en septiembre de 1916 durante la ofensiva del Somme, señalando que su empleo en pequeñas cantidades y como mero acompañamiento de la infantería, en lugar de haber esperado a tener una masa significativa y técnicamente viable, frustró la posibilidad de conseguir una sorpresa estratégica decisiva. A pesar de ello y de las críticas de los más conservadores, que *hicieron más difícil que el enemigo la infancia de los tanques*, su entrada en el campo de batalla acabaría

⁴⁴ *Op. Cit.*, p. 78.

⁴⁵ *Op. Cit.*, p. 400.

suponiendo un factor importante en las campañas del 17 y del 18. Al menos, un reducido grupo de jóvenes oficiales que habían comprendido su potencial quedó convencido de que el carro de combate era el futuro de la guerra, no sólo en el campo aliado sino, también, en el campo derrotado, que los había empleado como meras piezas de artillería móviles. Más adelante, L.H. aceptaría escribir la historia oficial del *Royal Tank Corps*, prologada por Bernard L. Montgomery (Fig. 20. TANKS). (Quizá el mejor homenaje póstumo que haya recibido el pensador, aun no premeditado, ha sido el de situar muy cerca de donde vivió sus últimos años el excelente Museo de Tanques británico, donde los carros, desde esos mastodontes que surcaron por vez primera los campos de Cambrai, hasta las versiones más avanzadas de los *challengers*, pasando por los *panzers* y *shermans*, *centuriones* y *leopards*, rinden un «ruidoso» homenaje al maestro cada vez que sus motores son encendidos para las numerosas exhibiciones que se realizan en Bovington Camp, donde, por cierto, también se exhibe la moto en que se mató su amigo Lawrence.) (Fig. 20 bis. CAÍDOS RTR).



Fig. 20. Portada de su obra en dos tomos *The Tanks*, una historia del Real Regimiento de Carros británico (inédita en español). Prólogo de su amigo el mariscal Montgomery, vizconde de El Alamein.



Fig. 20 bis. Muy cerca de donde vivió y murió sir Basil se alza actualmente un bello museo de carros de combate, en Bovington Camp. En la foto, insignias y libro de Caídos y de Honor del *Royal Tank Regiment*.

En cualquier caso, lo más interesante del libro es ese escalofrío de desprecio que recorre sus páginas, pues a un teórico del Arte de la Guerra enamorado de la maniobra le repugnaría siempre aquel choque brutal carente de inteligencia y sin brillantez alguna que suponía un retroceso de siglos en la historia militar: *Los altos mandos trataron de armonizar dos factores irreconciliables: lograr una ruptura del frente precedida de una preparación artillera prolongada, lo que anulaba cualquier posibilidad de sorpresa y atraía a las reservas del enemigo... provocando largas batallas -que siempre son malas batallas-, presos de su indecisión y parálisis, la negación del generalato*⁴⁶. Más duro se muestra aun en un juicio que realiza a propósito de la batalla de Ipres: *Desperdiciar dinero es de locos. Pero desperdiciar a lo tonto vidas cuando no hay posibilidad de conseguir ninguna ventaja, es sencillamente criminal. En el calor de la batalla los errores del mando que provocan pérdidas pueden ser excusables. Pero cuando los ataques son inherentemente vanos y sólo se lanzan porque si lograran remotamente el éxito podrían ser entonces de alguna utilidad, en ese caso los comandantes en jefe debieran ser responsables ante la nación*⁴⁷. Y todavía más duro en este párrafo a propósito de Passchendaele: *Quizá el comentario más doloroso sobre el plan que lanzó al Ejército britá-*

⁴⁶ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 201.

⁴⁷ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 254.

nico a una bañera de lodo y sangre sea ésta de uno de los altos mandos del Cuartel General, al que le traicionó el subconsciente cuando visitó el campo de batalla cuatro meses después de concluida. Levantándose en el coche a medida que éste se acercaba al impracticable campo de la batalla, gritó a punto de romper a llorar: «Dios mío ¿realmente mandamos a nuestros hombres a luchar en este terreno?», a lo que su acompañante contestó que había estado incluso peor durante la batalla. Si la exclamación le salía del corazón, esto revela la falta de sentido de la realidad y la inexcusable ignorancia en que sus ansias de «ofensiva a ultranza» se habían basado⁴⁸.

Pero sin duda, lo más irritante para sus compatriotas contemporáneos, y que explica en gran medida el ostracismo al que fue condenado el «Capitán», es el último párrafo del libro, todavía hoy sorprendente. Tras dejar bien claro que la victoria no se debía al buen hacer de ninguna de las naciones triunfantes, sino a una unión de esfuerzos no siempre armónica y a su superioridad de recursos aplastante que a la larga se impuso, Liddell Hart concluye así: *Finalmente, cualquiera que sea el veredicto de la Historia sobre su política, es de justicia rendir tributo a la incomparable capacidad de resistencia y habilidad de Alemania para sobrellevar durante cuatro años la carga de una lucha a muerte contra sus enemigos muy superiores en número: un logro épico en la historia de los logros militares y humanos⁴⁹.*

Publicada 40 años después como obra póstuma en 1970, la *Historia de la Segunda Guerra Mundial* de Basil H. Liddell Hart es sin duda una de sus mejores creaciones y, seguramente, uno de los mejores libros de la contienda jamás escrito, imprescindible en cualquier canon de literatura castrense. Esta historia es mucho más compleja y completa que su predecesora, también más madura y templada, rica en detalles y más sosegada en sus juicios, sin perder un ápice de irreverencia cuando toca hacer críticas a acciones desafortunadas ni de heterodoxia para interpretar determinados hechos, saliendo de los lugares comunes. No en vano dedicó a su estudio y redacción lo mejor de su tiempo, corazón y mente de los últimos 25 años de su fecunda vida. Y si pasados ya muchos años de su publicación puede que algunos detalles se hayan quedado obsoletos a la luz de las nuevas aportaciones y los archivos que se han abierto desde entonces, su interpretación general de la guerra sigue siendo ejemplar, al contemplar como un todo factores bélicos pero también económicos, políticos, sociológicos, geográficos y aun psicológicos dentro de la concepción global que nuestro pensador tenía del *homo belicus*. (Fig. 21. SEGUNDA GUERRA y 22. FOTO SEGUNDA G).

⁴⁸ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 434.

⁴⁹ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 593.



Fig. 21. Portada de la última y completísima edición conocida en español hasta la fecha de su *Historia de la Segunda Guerra Mundial* (Caralt, Barcelona, 2006)



Fig. 22. Para Liddell Hart, quien sabía que una imagen junto a mil buenas palabras vale mucho más que sola, consideraba que las ilustraciones en un libro no eran un mero ornamento, sino que constituían un todo con el texto, arrojando luz y explicando gráficamente detalles que complementan a los párrafos (imagen de su historia sobre la Segunda Guerra en la que se ve la precisión y el poderío de la guerra relámpago alemán al mostrar una columna de vanguardia entrando en las fortalezas de Maastricht, Holanda, 1940).

Como la de la primera, esta obra sobre la Segunda Guerra Mundial queda estructurada en tantas partes como años duró, eligiendo para nombrarlas esta vez la metáfora de una inundación, un tsunami diríamos hoy:

- Primera parte: El preludio.
- Segunda parte: La ruptura (1939).
- Tercera parte: La oleada (1940).
- Cuarta parte: La inundación (1941).
- Quinta parte: El viraje (1942).
- Sexta parte: Baja la marea (1943).
- Séptima parte: Marea baja total (1944).

- Octava parte: El final (1945).
- Novena parte: Epílogo.

Liddell Hart consigue en esta obra un imposible, a saber, sintetizar en sólo 700 páginas -700 páginas para una obra de esta magnitud son pocas- toda la historia de la conflagración, y al decir toda queremos decir todos los acontecimientos relevantes, empezando por las conferencias de alta política y diplomacia hasta llegar a detalles tácticos al analizar ciertas batallas incluso combates particulares, pasando cómo no por el análisis de los planes de las operaciones y la estrategia general de la contienda. Y lo hace sin que la obra quede descompensada o atropellada, sin que se noten los cambios de ritmo o los saltos de nivel desde las conversaciones de las cancillerías al ras de las trincheras, todo ello enriquecido de los magníficos planos con que acostumbraba a acompañar sus explicaciones (en la última edición conocida en español, debida siempre a Caralt, el tomo viene acertadamente ilustrado con fotografías muy bien armonizadas con lo que se va leyendo, a diferencia de ciertas modas en que prima la fotografía huérfana de buenos textos).

Si la célebre frase de Clemenceau nos sigue pareciendo una *boutade* -aquella de que la guerra es asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares-, lo cierto es que en y desde 1939, la guerra ya no sería nunca más un asunto exclusivamente militar, lo que nuestro pensador deja bien claro desde el arranque de la obra: *El poder de hacer y sostener la guerra había pasado de los militares a los economistas. El poder de las máquinas ganaba al hombre el lugar tradicional en la eficacia combativa y resolutive, y por lo tanto, desde un punto de vista realista, eran la industria y los recursos económicos los elementos que enfrentaban a los ejércitos en los campos de batalla. Porque al menos que los suministros de todas clases, sin olvidar los petróleos y las gasolinas, pudieran mantenerse sin interrupción, los hombres combatientes no pasarían de ser masas inermes*⁵⁰. Para pasar después a hacer una valoración esclarecedora de los recursos económicos y las necesidades de cada contendiente, lo que nos explica mucho del porqué de sus planes y objetivos: *Había por lo menos treinta productos básicos esenciales para la guerra. Carbón para la producción general. Petróleo para generar energía. Algodón para explosivos. Lana. Hierro. Caucho para el transporte. Cobre para armas en general y equipo eléctrico. Níquel para aleaciones. Plomo para sus municiones. Glicerina para la dinamita. Celulosa para las pólvoras sin humo. Mercurio para los detonadores. Aluminio para los aviones. Platino para los aparatos científicos. Antimonio, manganeso, etc., para las manufacturas de acero y metalurgia. Amianto para*

⁵⁰ LIDDELL HART, Basil: *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt, Barcelona, 2006. P. 38.

*municiones y maquinarias. Mica como aislante. Ácido nítrico y sulfúrico para los explosivos*⁵¹.

La conclusión era evidente para el caso de una guerra larga: los aliados, considerados como bloque, tenían o estaban en condiciones de adquirir con mayor o menor dificultad casi de todo, en especial si esa enorme factoría-almacén que es EE.UU. entraba en guerra; los países del Eje, por el contrario, tenían que importar o adueñarse por la fuerza de casi todas las materias primas, bien por no tenerlas o bien por no poseerlas en las cantidades industriales que se iban a necesitar. Su única solución era, por tanto, una guerra corta, que pudiera ser resuelta con contundencia y rapidez... Bajo la luz de esta realidad económica es como hay que estudiar la mayor guerra de la historia, siendo esta perspectiva de los recursos la que preside la obra de nuestro autor: aquí se habla más del wolframio y del caucho que de la Cruz de Hierro o la *Victory Cross*.

Lejos de la imagen que se ha acabado imponiendo, el primer Hitler que se nos muestra en esta obra no es el loco delirante que sí acabará siendo cuando todo se derrumbe a su alrededor. Antes al contrario, se nos muestra como un político audaz, con unos objetivos claros, si acaso algo desmedidos. Gran conocedor y manipulador de la naturaleza humana, y con un instinto diplomático natural en un hombre autodidacta sin gran formación académica, logra sorprendentes tantos como el pacto de Munich o el germano-soviético de 1939 (el primero es para L. Hart un ejemplo máximo de aproximación indirecta, pues le abrirá las puertas de la invasión de Checoslovaquia sin disparar un solo tiro). En lo militar, el Hitler de estos primeros años pisa firme en lo estratégico, arriesgándose de forma calculada pero mostrándose sin embargo sorprendentemente timorato en ciertas ocasiones que se mostrarán vitales, como cuando no llega a creerse el éxito de sus carros rompiendo el frente francés en la primavera *panzer* del 40, ordenando de forma increíble su detención cuando más de 300.000 soldados franco-británicos, asustados y vencidos, estaban a su merced en las playas de Dunkerque.

Campaña de Francia a la que presta especial atención, pues su plan podría considerarse remotamente una creación suya. Cuando el plan original cayó en manos del enemigo en un suceso que todavía se nos antoja extraño, los alemanes se vieron obligados a replanteárselo, y fue entonces cuando un brillante y joven general de nombre Erich von Manstein concibió la maniobra que asombraría al mundo: atravesar las «impracticables» Ardenas con una masa de divisiones acorazadas para romper el frente francés por el punto menos esperado, embolsando a la masa de maniobra enemiga, que iba

⁵¹ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 39.

a repetir por su parte los movimientos de la anterior guerra. Proyecto que no hubiera podido prosperar sin el asesoramiento técnico de otro brillante general, Heinz Guderian, «hijo» espiritual de Liddell Hart, al haber aprendido en él y en Fuller todo lo que se necesitaba saber para comprender el poder de esa nueva arma que, como los tractores de una industria moderna imparable, se movía sobre cadenas campo a través. El plan era tan brillante, tan «indirecto» que, una vez que triunfó, Hitler llegó a estar convencido de que había sido idea suya.

Toda la planificación se basaba en una «doble D»: desmoralización y desorganización del enemigo, y era tan audaz que tuvo muchos detractores en el Alto Estado Mayor alemán⁵². La victoria sobre Francia, al final, no fue la de los *panzer* o la de los *stukas*, sino la de una doctrina superior -que pensaba en términos de campañas- sobre otra anclada en el pasado, que sólo veía batallas: *El éxito de los carros probaba que la sorpresa de las armas nuevas seguía siendo una constante bélica, como lo fueron: el uso del caballo, del venablo, la falange, la flexible legión, el orden oblicuo, el arquero, el mosquete, el rifle, la organización de los ejércitos en divisiones independientes de gran movilidad. Guderian consiguió hacer realidad su ilusión: una penetración estratégica profunda llevada a cabo por fuerzas acorazadas, con un potencial capaz de cortar las arterias principales del enemigo y llegar a su retaguardia, desmoralizándola*⁵³.

Y entonces, logrado lo más difícil, la ruptura más espectacular de la historia militar moderna, con el enemigo completamente rodeado y desarticulado, los carros de Guderian recibían una orden insólita: alto. He aquí uno de los ejemplos en que Liddell Hart nos da una de esas interpretaciones que, si al principio, nos chocan, luego no encontramos forma de rebatirlas y aceptamos como definitivas. Porque donde algunos siguen debatiendo si Alemania perdió la guerra a finales del 42 con las derrotas de El Alamein y Stalingrado o si lo hizo en 1943 cuando el choque acorazado de Kursk -otros aún menos enterados piensan que la perdió en el 44 en las playas de Normandía-, sir Basil zanja el debate de raíz: *La huida de las Fuerzas Expedicionarias británicas en 1940 se debió en gran parte a Hitler cuando ordenó a sus tanques que se detuvieran durante tres días. Esta orden salvó a los ingleses, que ya no tenían ninguna esperanza de salvación. Por hacerles posible la huida a Inglaterra, les procuró la posibilidad de continuar la guerra, y a los hombres de la costa envalentonarse para detener la invasión. Representaría aquella detención nada menos que la propia derrota de Alemania cinco años*

⁵² En *Strategy*, Liddell Hart asevera que «el gap entre la nueva escuela y la vieja era aun mayor que entre los alemanes y los franceses» (p. 233).

⁵³ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 84.

más tarde. *Emocionado por la increíble retirada e ignorante de sus causas, el pueblo inglés llamó a aquella ocasión «el milagro de Dunkerque»*⁵⁴.

Si saltamos un año en el tiempo, nos encontramos en el libro otro ejemplo de la importancia que daba Hart a los asuntos económicos y logísticos por encima de los meramente estratégicos y tácticos. Toda la perspectiva y la escala de la guerra cambió el 22 de junio de 1941 cuando Alemania, demasiado confiada en su superior calidad y ahíta de victoria -a sus éxitos de 1939 y 40 había unido la invasión de los Balcanes, Grecia, Creta y las operaciones en el Norte de África-, lanzó la operación *Barbarroja* contra la URSS, justo un día antes del aniversario de la invasión napoleónica, *medida que resultó tan fatal para Hitler como lo fue para el Corso, aunque el final no llegara tan rápidamente*⁵⁵. El no haber llegado a un acuerdo con Gran Bretaña y el no haber podido doblegarla después en la batalla aérea sobre su territorio, llevó al dictador alemán a pensar que, ya que no podía anular su amenaza occidental, iba a poder en otra campaña relámpago doblegar al gran enemigo del Este, volviéndose luego definitivamente contra las islas, toda vez ya dueño del continente. Sólo no había contado con un factor decisivo: el espacio ruso, el enorme y hostil espacio ruso...

Liddell Hart, resaltando la importancia de la economía, nos informa que en paralelo al Estado Mayor alemán, trabajó una especie de estado mayor económico dentro del llamado «Plan Oldenburg» para la explotación del territorio soviético que se iba a ir conquistando, cuyo informe comenzaba de forma inquietante advirtiendo de que *«la guerra sólo puede continuar si todas las fuerzas armadas son alimentadas por Rusia en el tercer año de la guerra»*, dando seguidamente claves del tipo *«la captura y el traslado de aceite y semillas son de primordial importancia»*. Pero en la cabeza de Hitler -que daba por descontado una rápida victoria- sólo quedaría una frase de aquel documento: *«El suministro de combustible del Cáucaso es indispensable para la explotación de los territorios ocupados»*, a lo que Liddell Hart añade que *esto iba tener efectos muy importantes en incitarle a extender su avance, hasta el punto de perder el equilibrio*⁵⁶.

⁵⁴ Ninguno de sus generales llegó a comprender esta orden. Algunos historiadores, incluido Hart, consideran que -en un claro desconocimiento de la férrea voluntad del pueblo inglés- Hitler esperaba lanzar así un gesto de buena voluntad a su enemigo para llegar a un acuerdo de paz. También le dio miedo la facilidad del avance, temiendo que se tratara todo de una trampa. El hecho cierto es que, de nuevo en un prodigio de audacia y organización, la *Royal Navy* logró sacar a 338.000 soldados aliados de las playas, bien que sin equipo, pero suficientes para «aderezar» las lágrimas, el sudor y la sangre que Churchill estaba prometiendo a su pueblo. Sin este contingente, Inglaterra, por más que protegida por el surco del canal -obstáculo menos insalvable desde la aparición del poder aéreo-, estaba totalmente inerte e imposibilitada para continuar la guerra en otros teatros de operaciones.

⁵⁵ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 163.

⁵⁶ Todas las citas de este párrafo extraídas de la obra citada, pp. 172-173.

En cualquier caso, el retraso de cinco semanas en el lanzamiento de Barbaroja debido a la campaña contra los Balcanes, las vacilaciones de agosto sobre donde poner el mayor esfuerzo de la ofensiva, si contra Moscú o en el flanco sur con vistas en los campos petrolíferos, y la temprana llegada del invierno ruso se confabularían para hacer desvanecerse cualquier ilusión de una campaña rauda. Eso, y el espacio, que iba a tragarse a las divisiones acorazadas —y a toda la *Wehrmacht*— en la inmensidad de las estepas rusas, porque *el éxito en Rusia dependía menos de la estrategia y la táctica que del espacio, la logística y la mecánica. Aunque algunas de las decisiones operativas eran de gran importancia, no contaron tanto como la deficiencia mecánica, en conjunción con el exceso de espacio. El factor espacio puede fácilmente deducirse mirando un mapa de Rusia, pero el mecánico requiere más explicaciones [...]* En el modelo de fuerzas blindadas propuesto por los pioneros ingleses de la guerra mecanizada, todos los vehículos, incluidos los transportes de suministros, deberían ser de tipo oruga y todo terreno. Esta sugerencia no se atendería ni siquiera en el Ejército alemán, el que más había hecho en semejante campo. En la División Panzer de 1941 había menos de 300 vehículos oruga, mientras había casi 3.000 vehículos de tracción convencional. La abundancia de tales vehículos no había importado en la campaña de Occidente, donde una defensa mal dispuesta sufrió el derrumbamiento general y el atacante pudo aprovecharse de toda una red de carreteras bien pavimentadas y explotar la oportunidad. Pero en el Este, donde escaseaban las carreteras, resultó a la larga un freno decisivo. Los alemanes pagaron aquí caro el error de estar en la práctica aún veinte años por detrás de la teoría que ellos mismos habían señalado como clave del éxito... El invierno de Rusia provocó una terrible tensión y agotamiento en las fuerzas alemanas, de lo que nunca se recuperarían totalmente⁵⁷. Todo ello por no mencionar la increíble resistencia del soldado ruso, al que pronto se uniría el civil, que si llegó a recibir incluso con agrado a los alemanes por liberarles del yugo de Stalin, pronto cerraría filas en torno a él por la crueldad con la que aquellos se estaban empleando.

El mismo análisis geoestratégico hace el autor del teatro de operaciones del Pacífico, donde un Japón ciertamente expansionista, no tuvo sin embargo más remedio que lanzarse a la guerra para evitar el estrangulamiento económico al que le estaban sometiendo las potencias de la zona antes de la guerra: Gran Bretaña, con sus intereses en la India, Hong Kong y otras plazas; Francia, con los suyos en Extremo Oriente; Holanda en sus Indias Orientales, y, sobre todo, un EE.UU. cada vez más agresivo comercialmen-

⁵⁷ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 180.

te hablando. En definitiva, otro país del Eje de gran pujanza económica, convertido al militarismo para solucionar problemas internos y acelerar su progreso, que fiaba todas sus esperanzas a una guerra fulgurante, corta, decisiva... so pena de sucumbir ante la abrumadora superioridad industrial de sus rivales.

El no haber conseguido esas rápidas victorias o no haber sabido consolidarlas es lo que hizo que el resto de la guerra no fuera sino crónica de una caída anunciada, una sucesión de campañas y batallas donde ya sólo era cuestión de tiempo que se impusiera la potencialidad conjunta de los aliados occidentales, de la URSS y de EE.UU., países estos dos últimos que iban a protagonizar la siguiente guerra mundial desde 1945 hasta 1989, por más que hayamos querido llamarla «fría». Por cierto, si el final de su historia de la Primera Guerra Mundial había soliviantado a más de uno, tampoco debieron gustar mucho a algunos las conclusiones de esta su segunda guerra: *El tren de la civilización europea se precipitó en un túnel largo y oscuro del que sólo emergería después de pasar seis años agotadores. Aun entonces, la brillante luz de la victoria resultaría ilusoria [...] El obstáculo principal en el camino de los Aliados, una vez que la marea cambió, fue la barrera levantada con la demanda imprudente y miope de una «rendición incondicional»... Por lo tanto, la «guerra innecesaria» [Churchill dixit] se prolongó y fueron sacrificadas inútilmente millones de vidas más, mientras la paz definitiva no traería sino una nueva amenaza y el temor de otra guerra. La prolongación innecesaria de la Segunda Guerra Mundial por esta exigencia de rendición incondicional de los contrarios resultó beneficiosa para Stalin, abriéndole el camino para la dominación de los países de Europa central*⁵⁸.

Estrategia

Ya hemos visto como en los textos de L. H. conviven armónicamente las ideas sobre estrategia con las históricas, no pudiendo hablarse de compartimentos estancos en su producción. No obstante, sí se puede hablar de un conjunto de libros y artículos eminentemente militares, de carácter técnico, como son los manuales que desarrolló para el Ejército inglés en la primera posguerra mundial y en los que fue pergeñando las ideas fundamentales que más adelante desarrollaría en sus obras de madurez. En esos primeros años 20, Liddell escribió también innumerables artículos del mismo tenor para publicaciones especializadas y no hay más que echar un vistazo a sus títulos

⁵⁸ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, pp. 755-756.

para adivinar su contenido: «*The ten commandments of the combat unit*» (1919), «*A new theory of Infantry tactics*» (1920), «*The future developmnet of Infantry*» (1922)... Artículos que se fueron convirtiendo en ensayos generalistas, bien sobre grandes capitanes como ya estudiamos, o bien sobre el futuro de la guerra mecanizada, para ir derivando poco a poco a la gran estrategia: «*The Napoleonic fallacy*», «*Medieval Cavalry and modern tanks*» y «*After Cavalry, what?*» (los tres en 1925), «*The new British doctrine of mechanized war*» (1929), «*The essence of war*» (1930), «*The Psychology of a Commander*» (1935)...

La importancia de estos artículos reside literariamente hablando en que al joven Liddell Hart, como a cualquier escritor de cualquier disciplina, le sirvieron como gimnasia estilística en la que practicar una prosa ya de por sí elegante, pues nuestro autor escribía como venimos diciendo a lo largo de todo el artículo un inglés muy rico. Y desde el punto de vista del contenido, le valieron para ensayar, desarrollar y madurar sus ideas estratégicas, que culminarían en sus distintas versiones de la Estrategia de la Aproximación Indirecta. El germen de esta obra hay que encontrarlo en un artículo que hoy día se nos antoja demasiado intuitivo o incompleto -algo que ya le afeó su mentor Fuller- pero que tuvo el efecto de encender en su cabeza la idea que desembocaría en su obra definitiva. Nos estamos refiriendo al ensayo que publicó en 1920 con el nombre de «*The Man-in-the-Dark theory of war*», en el que sostiene que la guerra es como una pelea en la oscuridad entre dos hombres, en la que primero hay que encontrar al contrincante, luego -sin descuidar la defensa- tratar de bloquearlo, para después descargar uno o varios golpes certeros donde menos se lo espere para neutralizarlo. De lo que deduce tres pasos claves para el éxito: «Fijar, maniobrar y explotar», donde *fijar* significa que la fuerza enemiga tenga paralizada su libertad de movimientos, *maniobrar* amenazar dicha fuerza en diferentes direcciones simultáneamente, y *explotar* la acción rápida y contundente con la que cosechar los frutos del éxito.

Más desarrollada es su metáfora del *Expanding torrent* o «torrente en expansión» a la que ya hemos aludido en más de una ocasión: *Cada escalón debía mover sus reservas en pos de cualquier unidad que marchase en vanguardia y hubiera logrado una ruptura, impulsando de este modo su progresión... Así tendría lugar una penetración progresiva de elementos por la línea de menor resistencia, tan rápida y continuadamente como fuera posible. Pensé en denominar a este sistema como «penetración expansiva», pero por entonces sucedió que observé una corriente desbordada y me apercibí de que el proceso del agua al penetrar y rodear los obstáculos correspondía de la manera más adecuada a mi concepto táctico; fue entonces cuando de-*

cidí utilizar el término descriptivo de «torrente en expansión». Ese torrente en expansión era una larga columna de vehículos mecanizados rompiendo el frente enemigo, penetrando tan profundamente en la retaguardia enemiga como fuera posible, de forma que cuanto más profunda fuera esa entrada, mayor sería el efecto paralizador sobre la moral de la población, las tropas y, sobre todo, las mentes de los comandantes enemigos. Las ideas tácticas ya estaban asentadas en su cabeza; faltaba desarrollar la gran teoría de la guerra que bullía en su cabeza, la clave de todo su pensamiento militar...

PENSAMIENTO

Las naciones deben hacerse mutuamente el máximo bien en época de paz y el menor daño posible en época de guerra, sin perjudicar con ello sus propios intereses, si la paz ha de ser algo más que una mera suspensión de hostilidades.

Montesquieu

El no siempre amable biógrafo de Liddell Hart, Alex Danchev, sugiere varias veces en su *Alchemist of War* que quizá no sea una coincidencia el que el pensador esbozara su Teoría de la Aproximación Indirecta contemporáneamente al desarrollo del Psicoanálisis por Freud, al del Materialismo Dialéctico en la metafísica o al del Surrealismo en el arte. O a la Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero por su compatriota Keynes en economía, añadimos nosotros, o a la formulación de la Teoría de la Relatividad por Einstein o al nacimiento de la Razón Vital de nuestro Ortega. Y es que las artes y las ciencias a veces conspiran para ajuntar en un mismo espacio y tiempo genios de las diversas disciplinas, que desarrollan sus obras aparentemente dispares en una armonía soterránea que corresponde a la lógica del tiempo en que vivieron. Sí: la aproximación indirecta tiene el mismo tono osado de las aportaciones que acabamos de enumerar: contiene en su capacidad para sorprendernos algo de la genialidad de un Dalí; tiene sus puntos irrefutables y sus pasajes revisables, como las teorías más avanzadas en la física; no se entiende sin el pensamiento económico moderno ni el principio de dualidad de Hegel; se apoya, además, en un basamento histórico sólido, casi antropológico, acercándose con ello a la filosofía más profunda. (Fig. 23. Surrealismo).

La obra central del pensamiento liddellhartiano fue publicada por vez primera en 1929 con el nombre de *The decisive wars of History. A study on Strategy*, que sería corregida, aumentada y mejorada por la edición de 1941 bajo el título más preciso de *The Strategy of the Indirect Approach*, compendio de su aportación más importante al tratadismo militar (posterior-



Fig. 23. El retratista Hein Heckroth vio de esta forma tan surrealista a Liddell Hart en uno de los años más dramáticos de su existencia, 1939. La aparición de sus teorías sobre estrategia en la época en que otros irreverentes aportaban su creación puede que vaya más allá de la mera coincidencia: Freud y el Psicoanálisis, Keynes en Economía o las vanguardias artísticas del primer tercio del siglo XX.

mente y en la actualidad la obra definitiva lleva por título *Strategy* a secas, quizá un acierto pues en ella, si bien desgrana su teoría indirecta, en realidad L.H. hace un estudio global sobre estrategia. También hubo alguna reimpresión con el gráfico nombre de *The way to win Wars*). Dedicado a uno de sus mentores, el general Ivor Maxse -«Trainer of Troops for War»-, la primera mitad del libro es un estudio de la estrategia de las guerras a través de la historia, desde Grecia hasta la Guerra Fría, y la segunda una deducción de los principios de la aproximación indirecta basada en el estudio de los hechos tratados. Encabezada por citas de Sun Tzu, Belisario, Clausewitz, Moltke y Shakespeare, estamos ante la obra fundamental de nuestro autor, la clave de un pensamiento que a más de 40 años de la muerte de su creador, a más de 65 años del fin de las guerras mundiales, a más de 20 años de la caída del Muro de Berlín, se alza como el mejor legado de Liddell Hart, legado a rescatar y volver a estudiar para afrontar los graves retos del siglo XXI⁵⁹.

Si convenimos en que existe un debate académico no resuelto sobre la mejor definición posible de Estrategia -que arranca con los pensadores franceses del XVIII, continúa con Jomini y Clausewitz y llega hasta nuestros días tras pasar por Villamartín, Lenin y los teóricos marxistas o Beaufre, por ejemplo-, podemos decir entonces que en un inteligente quiebro teórico Liddell Hart se aleja de tal polémica y, optando por un enfoque clarificador, se decanta por definir lo que el llama Gran o Alta Estrategia, una tierra de nadie entre la estrategia puramente militar -el arte del general- y la toma de decisiones políticas, en cuyo conflicto parece radicar el problema de no hallar una definición consensuada por estar separadas ambas esferas sólo por una tenue línea de sombra.

Para el británico, esta gran estrategia vendría a ser una *política en ejecución*, que debiera *calcular y desarrollar los recursos humanos y económicos de las naciones en orden a sostener las necesidades bélicas. También debe atender los recursos morales para mantener y estimular la voluntad de lucha de sus pueblos. Por tanto, el poder combativo es sólo uno de los instrumentos de la Gran Estrategia, que debe tener en cuenta además la presión financiera, diplomática, comercial, incluso ética, buscando debilitar la vo-*

⁵⁹ La selección de citas que hace del chino Sun Tzu es significativa, pues elige las ideas más afines a su teoría: *La excelencia suprema consiste en romper la resistencia enemiga sin luchar; No hay ejemplo de país que se haya beneficiado de una guerra prolongada; No presiones a un enemigo desesperado; Toda guerra se basa en el engaño... y su esencia es la rapidez y el arte de la maniobra: aprovechar la falta de preparación del enemigo, marchar por las líneas menos esperadas y atacar posiciones no defendidas...* Emplearemos como guía la edición de *Strategy* debida a Meridian Books, Nueva York, 1991, que es la empleada en numerosas academias militares y escuelas de negocio de todo el mundo.

*luntad de lucha del oponente*⁶⁰. Como vemos, esta amplia definición engloba a la estrategia militar, obviamente subordinada al poder político y cuyo objetivo sería ganar la guerra, pero incardinada en una ciencia superior cuyo objeto final sería la Paz. En ese sentido, las naciones están constantemente haciendo gran estrategia con el fin de lograr sus metas, y sólo cuando no lo logran o sus intereses entran en claro conflicto con los de otro u otros países, la política emplearía como un instrumento más a su disposición la guerra (Clausewitz), y, con ella, la estrategia bélica pura.

En esta inteligencia, la estrategia perfecta sería la que logra que nuestra nación consiga sus objetivos sin necesidad de luchar. *Así como la Táctica es una aplicación de la Estrategia en un plano menor, así la Estrategia es una aplicación en un plano menor de la Gran Estrategia*⁶¹, que tiene por objeto una paz *mejor* -lo que implica satisfacer nuestros intereses-, pero a ser posible *duradera* -lo que implica no fulminar o humillar al contrario, so pena de un nuevo Versalles-. Si la batalla es sólo un instrumento más de los que tiene a su disposición el general, los medios militares son sólo unas herramientas más en la panoplia al servicio del gran estratega. El verdadero objetivo no es tanto buscar un enfrentamiento resolutivo como el buscar crear una situación estratégica tan ventajosa que, si no se produce el efecto deseado, su continuación por medios violentos logrará de seguro la consecución de esos resultados apetecidos. Años más tarde, John F. Nash ganaría el Premio Nobel de Economía por desarrollar una teoría de equilibrio similar a ésta pero aplicada a los mercados, en virtud de la cual cualquier *statu quo* que se logre debe intentar ser satisfactorio para todas las partes, pues lo contrario llevaría a unas tensiones cuya prolongación serían perjudiciales para todos (lo que ya hemos visto señalaba nuestro pensador al hablar de ambas guerras mundiales, destructivas incluso para los vencedores por su extenuante alargamiento).

Es con este concepto elevado de estrategia como hay que entender el Arte de la Aproximación Indirecta de Hart, que no es sino un intento por, destilando las enseñanzas de la madre historia, tratar de sentar las bases generales e inmutables de una posible teoría de la guerra. Curiosamente, el autor no llega a darnos una definición de aproximación indirecta, quizá por lo intuitivo de su concepto: toda forma inesperada, no frontal, de satisfacer nuestros intereses y necesidades, acabando con la voluntad de lucha del oponente, lo que si se logra sin violencia vendría a suponer la suprema victoria (en el mundo moderno el centro de gravedad en los conflictos ya no son los ejércitos, ni el territorio, ni siquiera los recursos, sino lo psicológico,

⁶⁰ LIDDELL HART, Basil: *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991, p. 322.

⁶¹ LIDDELL HART, Basil: *op. cit.*, p. 321.

por eso lo «indirecto» busca siempre paralizar la moral contraria, lo que no necesariamente se hace con las armas. Quizá esta enseñanza esté más viva que nunca en este nuevo milenio que afrontamos)⁶². Lo que sí hace L. Hart es formular una máxima-resumen, que repite en ocasiones: En Estrategia, la distancia más corta entre dos puntos no siempre es la línea recta. Para luego pasar a enumerar ocho puntos clave, seis de ellos positivos y dos negativos, que extrae de las conclusiones de su estudio histórico. Son éstos:

Positivos:

1 – Ajusta tus metas a tus medios. Para explicar este primer axioma el pensador emplea una gráfica expresión inglesa: «It is folly to bite more than you can chew» («es absurdo morder más de lo que se puede masticar»), añadiendo que la sabiduría en lo militar comienza conservando un sentido claro de lo que es posible. Es esencial hacer un cálculo frío y realista pero preservando siempre la fe o lo que llamaríamos en nuestra doctrina «moral de victoria».

2 – Ten siempre en mente tu objetivo, sin dejar de adaptar el plan a las circunstancias. Existen muchas alternativas para alcanzar un objetivo, pero hay que asegurarse de que todas las líneas de acción convergen en el objetivo. Cada meta alcanzada debe ser un paso para alcanzar ese último y supremo objetivo (ejemplo: Escipión siempre obsesionado con llevar la guerra al corazón del enemigo, África, como vimos en su momento).

3 – Elige la línea o el curso de acción menos esperado. Hay que ponerse en el lugar del adversario y tratar de ver cuál sería valorada por él como la línea de acción menos probable (así Manstein planeando el ataque panzer sobre Francia).

4 – Explota la línea de menor resistencia en tanto en cuanto te conduzca a tu objetivo. Esto es, hay que aprovechar la oportunidad, pero no cualquier oportunidad: sólo la que permita concentrar los esfuerzos sobre el punto débil del enemigo, con vistas a una dislocación y explotación definitivas (concentración, dispersión, dislocación y explotación son palabras clave en el léxico estratégico de LH: la dislocación estratégica se consigue con un movimiento que altere las disposiciones del enemigo, dispersando sus fuerzas, lo que pone en peligro sus abastecimientos y amenaza las rutas de retirada o refuerzo, momento en que el principio de concentración de las fuerzas propias cobra importancia para hacer la ruptura y la explotación del éxito).

5 – Escoge una línea de operaciones que amenace varios objetivos alternativos al tiempo. Se debe elegir una sola línea de operaciones pero que

⁶² *La aproximación indirecta es más una actitud mental que una flecha sobre un mapa* (DANCHEV, Alex: *op.cit.*, p. 159).

pueda conducir a varios objetivos simultáneamente, evitando que las acciones propias delaten tales objetivos, así el oponente estará siempre al menos ante un dilema, comido por la incertidumbre (o, en frase de Sherman, on the horns of a dilemma -en los cuernos de un dilema-). El tener varios objetivos al alcance asegura casi siempre conseguir al menos uno de ellos y, en el mejor de los casos, ir conquistándolos sucesivamente. Como ejemplo en negativo de esta máxima, Hart propone el de la campaña de Rusia de 1941, cuando la Wehrmacht en lugar de escoger una línea con objetivos alternativos, escogió diferentes líneas pero cada una de ellas con un objetivo obvio, lo que permitió a su oponente concentrarse en la defensa de los puntos amenazados.

6 – Asegúrate de que tanto los planes como las disposiciones son flexibles, adaptables a las circunstancias... en el menor tiempo posible (Napoleón: Se me podrá achacar en el futuro el haber perdido alguna batalla, pero nunca que perdí un minuto de tiempo).

Negativos:

7 – No des el golpe decisivo mientras tu enemigo esté en guardia o en condiciones de neutralizarlo o evadirse de él. A menos que el adversario sea manifiestamente inferior, no se le debe atacar hasta que haya sido desorganizado (lo que es físico, y se consigue con el movimiento) y desmoralizado (lo que es moral, y se consigue con la sorpresa). El movimiento genera sorpresa, y la sorpresa genera ímpetu al movimiento, manteniendo lo que en física se llama momentum; un movimiento así -acelerado o que cambie de dirección de forma imprevista- facilita la dislocación del contrario. De lo que se deduce que la guerra psicológica precede a la física (aunque en ocasiones, no hacer nada es hacer mucho, como la estrategia fabiana para debilitar a un Aníbal invencible a campo abierto).

8 – No repitas un ataque a través de la misma línea de operaciones o de la misma manera ya probada después de que haya fallado una primera vez. Si no se consigue el objetivo al primer intento es mejor buscar otra línea de acción, so pena de encontrar al enemigo reforzado y, lo que es peor, con su moral enardecida (como ocurría las más de las veces en las batallas de desgaste de la Primera Guerra Mundial)⁶³. (Fig. 24. Ajedrez).

Sabiamente, sir Basil acaba esta relación con una advertencia sobre el azar, que viniendo de un hombre tan profundamente reflexivo, cobra aun

⁶³ El espíritu de estos axiomas coincide con los formulados por Fuller en forma de nueve puntos: dirección, ofensiva, acción, sorpresa, concentración, distribución, seguridad, movilidad y resistencia, que se podrían resumir en tres principios (control, resistencia y presión) y una ley, la de economía de fuerzas. La doctrina NATO y las escuelas de negocio se inspiraron e inspiran en los listados de ambos pensadores para formular sus máximas estratégicas.



Fig. 24. El estratega juega al ajedrez. A pesar de la claridad de su obra, siempre nos quedará la sensación de que el pensador se llevó algún secreto o idea genial a la tumba...

mayor relevancia: Al final, no se puede separar el factor suerte de la guerra, pues la guerra es un fenómeno humano que forma parte de la vida. Por lo tanto, lo inesperado, lo indirecto, no garantiza el éxito. Pero sí garantiza la mayor probabilidad de triunfo⁶⁴.

Pero como para dejar bien claro que su concepción de Alta Estrategia está más relacionada con la Paz y el equilibrio entre los pueblos que con la victoria y la guerra, Liddell nos advierte que, como corresponde a una relación entre dos partes, la guerra está presidida por un principio de dualidad, es un fenómeno con dos caras. A una victoria aplastante le corresponde el reverso de una derrota humillante, y con ello, el germen de una nueva guerra. A una victoria moderada en sus objetivos le sigue una derrota asumible, con una promesa de reconciliación implícita. Se debe mantener, por tanto, en lo posible un «balance of power», un equilibrio de poder, que destierre para siempre conceptos como el de rendición incondicional, puerta segura a nuevas conflagraciones (los ecos de la Segunda Guerra Mundial y sus efectos devastadores todavía atronaban en su cabeza).

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 337.

Es esencial conducir la guerra con la idea fija de la Paz que se desea en la cabeza: es sintomático que en la última parte de su gran obra, se hable más de la paz que de la guerra, lo que refuerza la conclusión filosófica a la que llegó Liddell Hart antes de su muerte y que estamos tratando aquí de poner en valor. Así, después de los ocho principios de la guerra que hemos visto, y como dándoles una mayor importancia, Liddell Hart prácticamente termina el libro enumerando unas conclusiones precedidas por esta frase: Aunque la guerra es contraria a la razón, ya que es una forma de dirimir por la fuerza lo que no ha podido ser resuelto por la negociación, la dirección de la guerra debe ser controlada y comedida en función del objetivo por el que se originó⁶⁵. De lo que se sigue que:

(1) Si luchar es un acto físico, su dirección es un proceso mental. La estrategia mejor es la que consigue los fines al menor coste -humano y material- posible.

(2) Cuanto mayor esfuerzo se derroche, más se incrementa el riesgo de aumentar la escala de la guerra y de que ésta se vuelva contra ti. Y aunque se logre la victoria, menos fuerzas quedarán al país propio para disfrutar de la paz (Francia 1918).

(3) Cuanto más brutales sean los métodos empleados, más odio se engendrará en el enemigo, con el consiguiente incremento de su resistencia. Nunca se debe arrinconar al adversario sin dejarle ninguna salida, so pena de consolidar a sus tropas y a su población en torno a sus líderes (Alemania 1943-45).

(4) Cuanto más se colija que tu única voluntad es imponer una paz sólo beneficiosa para ti, mayor la rigidez de los obstáculos que encontrarás en el camino.

(5) Incluso cuando alcances tus objetivos militares y resultes victorioso, cuanto más exijas al vencido, más razones darás a éste para resarcirse en el futuro y vengarse del resultado conseguido por la guerra de nuevo con métodos violentos, en un proceso degenerativo sin límite (guerra de Oriente Próximo).

Como remarcando esta idea, en el final de su *Deterrent or Defence* (1960), libro de cabecera de Kennedy durante la crisis de los misiles, el pensador vuelve a hacer lo que nos suena a canto apasionado de la paz justa, repitiéndose: No existe la panacea de la paz... Pero se pueden sentar una serie de principios prácticos elementales extraídos de las enseñanzas preteritas: estudia la guerra y aprende de la historia. Mantente fuerte pero, en cualquier caso, mantén siempre la cabeza fría. Ten una paciencia sin límites.

⁶⁵ Op. cit., pp. 356-357.

Nunca acorrales a tu oponente y ayúdale siempre a salvar la cara. Evita la autocomplacencia, pues no hay nada más cegador que esto. Cúrate en salud de dos errores fatales: la idea de que sólo es aceptable una victoria aplastante y la idea de que la guerra no puede ser limitada.

Porque la fuerza es un círculo vicioso, o peor, una espiral, salvo que su aplicación sea controlada de forma cuidadosa. Quizá en estas lecciones finales, que reconocen implícitamente la necesidad de las guerras cuando las naciones no llegan a acuerdos al tiempo que abogan por un uso comedido, razonable y controlado de la fuerza, sea donde resida el mejor legado de Liddell Hart y la posibilidad de una reflexión más profunda a la luz de los acontecimientos actuales, en esta época en que vivimos que podríamos llamar de la post-estrategia. El legado de alguien que pasó toda una vida estudiando la guerra para acabar concluyendo que sólo las paces justas, que satisfagan al vencedor pero que sean honorables para el vencido, son las que tienen posibilidades reales de prevalecer durante años, garantizando la prosperidad de los pueblos.

EPÍLOGO

Liddell Hart nos enseñó que el maestro debe dejarse enseñar por sus discípulos. No sabemos lo que él aprendió de los suyos, pero sí sabemos lo que éstos aprendieron de él, pues Liddell Hart sigue vivo en las obras de todos ellos: John Keegan -*La máscara del mando, El rostro de la batalla, Seis ejércitos en Normandía*-; Correlli Barnett -*Gran Bretaña y su ejército o Hitler's Generals*-; Michael Howard -*Las causas de las guerras y otros ensayos*-; Paul Kennedy -*Auge y caída de las grandes potencias*-; Alistair Horne -*La batalla de Francia y Napoleón*-; Max Hastings -*Armagedón, La batalla por las Malvinas*-; etc., etc., etc. Como también sigue muy vivo en ese monumental archivo que legara a la posteridad y cuya segunda mujer ordenó, sistematizó y abrió a todos los investigadores e interesados, consciente de su enorme valía. Pero donde vive eternamente, como todos los grandes escritores, los grandes historiadores, los grandes pensadores, es en sus páginas, a las que podemos volver para deleitarnos continuamente. Y sir Basil Henry Liddell Hart fue un gran escritor, un soberbio historiador y un profundo pensador que elevó el tratadismo militar a la altura de la Filosofía. Volvamos pues con gozo renovado a su obra una y otra vez. (Fig. 25. Adiós maestro).



Fig. 25. ¡Adiós maestro!

ANEXO
OBRAS DE SIR BASIL H. LIDDELL HART

| Año | Título original | Editorial (<i>princeps</i>) | Título en español | Editorial en español | Observaciones |
|------|---|-------------------------------|-----------------------------|---|--|
| 1918 | <i>New Methods in Infantry Training</i> | University Press - Cambridge | | | |
| 1921 | <i>The Framework of a Science of Infantry Tactics</i> | Hugh Rees | | | Reimpreso en versión simplificada en 1923 y 1926 |
| 1924 | <i>Infantry Training Manual</i> | Royal Army | | | Manual para el Ej. en el que ya se esbozan ideas que definirán su obra sobre la Aproximación Indirecta |
| 1925 | <i>Paris, or the Future of War</i> | Kegan Paul & Co. | | | |
| 1926 | <i>A Greater than Napoleon: Scipio Africanus</i> | Blackwood | <i>Escipión el Africano</i> | Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1935) y Editorial Rioplatense (Buenos Aires, 1974) | La versión inglesa se reeditó en 1976 |
| 1927 | <i>Great Captains Unvelled</i> | Blackwood | | | Varias reediciones |
| 1927 | <i>The Remaking of Modern Armies</i> | Murray | | | |
| 1928 | <i>Reputations: Ten Years After</i> | Murray | | | Colección artículos sobre personajes Primera Guerra M. |

| | | | | | |
|------|--|---------------------|--|--------------------------------|---|
| 1929 | <i>Sherman: Soldier, Realist, American</i> | Dodd, Mead & Co. | | | Varias reediciones (también publicado con el título de <i>Sherman: The Genius of the Civil War</i>) |
| 1929 | <i>The Decisive Wars of History. A Study in Strategy</i> | Bell & Sons | | | Origen de sus diferentes versiones sobre la Estrategia de la Aproximación Indirecta (1941, 1954 y 1967) |
| 1930 | <i>The Real War: A True History of the World War 1914-18</i> | Faber | | | Varias reediciones (con los títulos <i>A History of the World War 1914-1918</i> o <i>History of the First World War</i>) |
| 1931 | <i>Foch: The Man of Orleans</i> | Eyre & Spottiswoode | | | Varias reediciones basadas en la de 1937 de Penguin Books (2 vols.) |
| 1932 | <i>The British Way in Warfare</i> | Faber | | | Reeditado por Penguin en 1942 |
| 1933 | <i>The Future of Infantry</i> | Faber | | | Reeditado por Harrisburg en 1936 |
| 1933 | <i>The Ghost of Napoleon</i> | Faber | | <i>El Espectro de Napoleón</i> | Compilación de conferencias |
| 1934 | <i>T. E. Lawrence – in Arabia and after</i> | Cape | | | Varias reediciones (en EE.UU. bajo el título de <i>Colonel Lawrence, the man behind the legend</i>) |
| 1935 | <i>When Britain goes to War</i> | Macmillan | | | Reimpresión de <i>The British Way in Warfare</i> |
| 1936 | <i>The War in Outline</i> | Faber | | | |

| | | | | | | |
|------|---|--------------------|--|---|--|---|
| 1937 | <i>Europe in Arms</i> | Faber | | | | Compilación de artículos |
| 1938 | <i>Through the Fog of War</i> | Faber | | | | Compilación de artículos |
| 1938 | <i>T.E. Lawrence to his Biographers</i> (ed.) | Cape | | | | Edición limitada. Después, varias reediciones |
| 1938 | <i>In the Next War</i> (ed.) | Bles | | | | Colección de monografías sobre la guerra futura |
| 1938 | <i>We Learn from History that We don't learn from History</i> | University College | | | | |
| 1939 | <i>The Defence of Britain</i> | Faber | | | | <i>Traté de publicarlo apresuradamente como una advertencia de última hora a nuestro pueblo contra una política suicida.</i> Compilación de artículos (reeditado en 1980 por Grenwood) |
| 1940 | <i>Dynamic Defence</i> | Faber | | | | |
| 1941 | <i>The Strategy of Indirect Approach</i> | Faber | | <i>La Estrategia de la Aproximación Indirecta</i> | J. Gil Editor (Barcelona, 1946); Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1960); Editorial Rioplatense (Bs. Aires, 1974); y Ministerio de Defensa (Madrid, 1989) | En castellano también con el título <i>Estrategia: La Aproximación Indirecta</i> |
| 1941 | <i>The Current War</i> | Hutchinson | | | | |
| 1942 | <i>This Expanding War</i> | Faber | | | | |

| | | | | | | |
|------|---|------------------------|--------------------------------------|--|--|---|
| 1942 | <i>The Way to Win Wars</i> | Faber | | | | Reimpresión de <i>The Strategy of Indirect Approach</i> |
| 1944 | <i>Thoughts on War</i> | Faber | | | | |
| 1944 | <i>Why Don't We Learn From History?</i> | Allen & Unwin | | | | |
| 1946 | <i>The Revolution in Warfare</i> | Faber | | | | |
| 1946 | <i>Free man or State Slave</i> | No Conscriptio Council | | | | |
| 1948 | <i>The Other Side of the Hill</i> | Cassell | <i>Los Generales alemanes hablan</i> | Publicado en español con este nombre en el Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1951); Ediciones Ateneo (México D.F., 1953); y Ed. Rioplatense (Bs. Aires, 1974) | Esta edición de 1948 era un versión muy reducida –por no decir censurada– de la obra íntegra, publicada en 1951. Después ha habido varias reediciones de la versión inglesa y de la norteamericana (ésta con el título <i>The German Generals talk</i>) | |
| | | | <i>El otro lado de la colina</i> | Publicado en español con este nombre por Ediciones Ejército (Madrid, 1983) | | |
| 1950 | <i>Defence of the West</i> | Cassell | <i>La defensa del Occidente</i> | Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1951) y también en Ediciones Ateneo, México, con el título de <i>Defensa de Europa</i> | | |

| | | | | | |
|------|--|-----------------------|--|--|--|
| 1951 | <i>The Letters of Private Wheeler. 1809-1828</i> (ed.) | M. Joseph | | | Varias reediciones |
| 1953 | <i>The Rommel Papers</i> (ed.) | Collins | <i>Mariscal Rommel. Memorias</i> (ed.) (2 vols.) | Luis de Caralt (Barcelona, 1953) | Varias reediciones en inglés y en español |
| 1954 | <i>Strategy: The Indirect Approach</i> | Faber | | | Edición corregida y aumentada de su obra clásica. |
| 1956 | <i>The Soviet Army</i> (ed.) | Weidenfeld & Nicolson | <i>El Ejército soviético</i> (ed.) | Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1959) y Luis de Caralt Editor (Barcelona, 1959) | Publicado en 1956 en EE.UU. con el nombre de <i>The Red Army</i> (por Harcourt, Brace and Co.) |
| 1959 | <i>The Tanks: The History of the Royal Tank Regiment</i> (2 vols.) | Cassell | | | Prólogo del Mariscal Montgomery, Vizconde de El Alamein |
| 1960 | <i>Deterrent or Defence</i> | Stevens | <i>Disuasión o Defensa</i> | Círculo Mil. Argentino (Bs. Aires, 1964) | |
| 1961 | <i>From Atlanta to the sea</i> (ed.) | Folio | | | |
| 1965 | <i>The Memoirs of Captain Liddell Hart</i> (2 vols.) | Cassell | <i>Memorias de un cronista militar</i> | Luis de Caralt Editor (Barcelona, 1973) | En inglés también hay ediciones con el título <i>The Liddell Hart Memoirs</i> |
| 1967 | <i>Strategy: The Indirect Approach</i> | Faber | | | Edición definitiva; varias reediciones posteriores ya sólo con el nombre de <i>Strategy</i> (también en Penguin) |

| | | | | | |
|------|--|---------|---|---|--|
| 1967 | <i>The Strategic of Civilizen Defence</i> (colaborador) | Faber | | | |
| 1969 | <i>Churchill, four faces and the man</i> (colaborador) | Penguin | | | Obra de A. Lane |
| 1970 | <i>History of the Second World War</i> | Cassell | <i>Historia de la Segunda Guerra Mundial</i> (2 vols.) | Luis de Caralt Editor (Barcelona, 1972) | Obra póstuma. Varias ediciones en inglés y en español (la última de Caralt en 1 solo vol.) |

Notas:

Durante la década de los 60, fue además asesor militar de la colección ilustrada sobre batallas y campañas del siglo XX de la editorial estadounidense Ballantine, famosa en España por su versión en castellano publicada durante los 70 por la Librería Editorial San Martín, con títulos tan señeros como *Pearl Harbour*, *División Panzer*, *La Flota de Alta Mar de Hitler*, *La batalla de Midway*, *Afrika Korps*, *Patton...* (colección *Historia del siglo de la violencia*).

Al morir, Liddell Hart tenía contratados varios libros, incluida una vida de Marlborough.

Por otra parte, Liddell Hart escribió infinidad de artículos, prólogos, conferencias, cartas, notas... todo ello conservado prurosamente por su mujer Kathleen Nelson hasta conformar el archivo *Liddell Hart Centre for Military Archives* de Londres, abierto a investigadores de todo el mundo (como curiosidad, en él se conserva su diario y rarezas como un borrador de guión que escribió para Alexander Korda, *Loyalties* (1934). Como se ha dicho en el cuerpo principal de este ensayo, en 1926 publicó con Arrowsmith un libro de tenis -*The Lawn Tennis Masters Unveiled*- y crónicas deportivas. Prueba de su pasión por el mundo de la moda, también existe una *Liddell Hart Collection on Costume* en Liverpool.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *The Marine Corps way (using maneuver warfare to lead a winning organization)*. McGraw-Hill, Nueva York, 2004.
- BARNETT, CORRELLI: *Britain and her Army (1509-1979). A Military, Political and Social Survey*. Penguin Books, Middlesex, 1974.
- BOND, Brian:
- «Teorías de Sir Basil Liddell Hart de la era nuclear», en *Military Review*, agosto 1970.
 - «Reflexiones sobre la guerra. Una conversación con B.H. Liddell Hart», en *Military Review*, septiembre 1965.
- BOOT, MAX: *War made new: Technology, warfare and the course of History, 1500 to today*. Gotham Books, Nueva York, 2006.
- CALVO PICÓ, Pedro:
- «Aprisa, duro, lejos», en *Revista Ejército*, nº 251, diciembre 1960.
 - *Historia del Arte Militar*. Obra inédita en 6 tomos del general de brigada de Infantería DEM Exmo. Sr. D. Pedro Calvo Picó.
- CLAUSEWITZ, Carlos von: *De la Guerra*. Ediciones Ejército, Madrid, 1980.
- DANCHEV, Alex: *Alchemist of War. The life of Basil Liddell Hart*. Phoenix Giant, Londres, 1998.
- FULLER, J. F. C.:
- *Batallas decisivas del Mundo Occidental y su influencia en la Historia* (3 tomos). Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961.
 - *La dirección de la guerra*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965.
 - *La guerra futura* (2 tomos). Colección Bibliográfica Militar (dirigida por los Caps. Don Vicente Rojo y don Emilio Alamán), Toledo, 1929.
 - *La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Historia táctica y estratégica*. Círculo Militar Argentino, Buenos Aires, 1988.
 - *Memoirs of an Unconventional Soldier*. Nicholson & Watson, Londres, 1936.
- GOYRET, José Teófilo: «Liddell Hart, historiador militar», en *Revista de Historia Militar*, nº 31, 1971.
- GUDERIAN, Heinz:
- *Las tropas acorazadas y su cooperación con las otras armas*. Imprenta Aldecoa, Burgos, 1944.
 - *Panzer Leader* (Foreword by Captain B. H. Liddell Hart). Futura Publications, Londres, 1974.
 - *Recuerdos de un soldado*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1953.
- IRVING, David: *El camino de la guerra*. Planeta, Barcelona, 1991.

- KEEGAN, JOHN: *Historia de la Guerra*. Editorial Planeta, Barcelona, 1995.
- LIDDELL HART, Basil:
- *El Ejército soviético*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1959.
 - *El espectro de Napoleón*. EUDEBA, Buenos Aires, 1969.
 - *El otro lado de la colina*. Ediciones Ejército, Madrid, 1983.
 - *Escipión el Africano*. Editorial Rioplatense, Buenos Aires, 1974.
 - *Great Captains Unveiled*. Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1996.
 - *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Caralt, Barcelona, 2006.
 - *History of the First World War*. Book Club Associates, Londres, 1973.
 - *La Estrategia de la Aproximación Indirecta*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1989.
 - *Los generales alemanes hablan. (La guerra vista por los alemanes)*. Ediciones Ateneo, México D.F., 1952.
 - *Memorias de un cronista militar*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1973.
 - *Sherman: Soldier, Realist, American*. Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1991.
 - *Strategy*. Meridian Books, Nueva York, 1991.
- MANSTEIN, Erich von: *Victorias frustradas*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1956.
- MEARSHEIMER, John J.: *Liddell Hart and the weight of History*. Cornell University Press, Nueva York, 2010.
- MONTGOMERY, Bernard Law:
- *Historia del Arte de la Guerra*. Aguilar, Madrid, 1969.
 - *Memorias de guerra*. Tempus Editorial, Barcelona, 2010.
- PATTON, George S.: *War as I Knew it*. Mifflin, Nueva York, 1979.
- ROMMEL, Erwin: *Memorias* (2 tomos), presentadas por Basil Liddell Hart, con la cooperación de Lucie-Marie y Manfred Rommel y el general Fritz-Bayerlein. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1954.
- SIERRA, Luis de la: *El mar en la Gran Guerra (1914-1918)*. Editorial Juventud, Barcelona, 1984.
- STRACHAN, Hew: *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*. Ediciones Ejército, Madrid, 1985.
- SUN-TZU: *El Arte de la Guerra*. Editorial Trotta, Madrid, 2001.
- TRYTHALL, A.J.: «Boney» Fuller: *The Intellectual General*. Littlehampton books, Londres, 1977.
- WALDEN, John W.: «Liddell Hart», en *Military Review*, c. 1965.
- WESTLAKE, Ray: *The British Army of August 1914 (An Illustrated Directory)*. Spellmount Limited, Staplehurst (Kent), 2005.